

EL COJO ILUSTRADO

AÑO I

15 DE NOVIEMBRE DE 1892

Nº 22

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL B. 4
UN NÚMERO SUELTO B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE O NO

SUMARIO

TEXTO. — Nuestros Grabados. — Resgos biográficos de D. José Antonio Calcaño, director de la Academia de la Lengua, por A. Herrera Toro. — Siluetas Históricas. — Miranda y Fray redre Hernández, por el Dr. A. Rojas. — La afinidad etnográfica de los indios guaguas, por el Dr. A. Evans. — Un intercambio con Mr. Charcot, revista por el Dr. Elias Toro. — Poesía inédita de D. José Antonio Calcaño: "Prigus." — Dilettantismo (2º artículo) por el Dr. José Gil Fornell. — El Himno de los Libres, poesía de Don

Diego Jugo Ramírez. — María Morevna, cuento ruso, publicado expresamente para los niños. — Bibliografía. — Carta del Sr. General Jacinto R. Pachano al Sr. Dr. Arístides Rojas. — Obituario. — Crónica de la quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza. — Folletín.

GRABADOS. — Sr. M. A. Silva Gandolphi. — Ministro de Instrucción Pública, de fotografía. — D. José Antonio Calcaño, de fotografía. — General Leóncio Quintana, de fotografía. — General Antonio Fernández, de fotografía. — General José Félix Mora, de

fotografía. — El arado romano, de fotografía. — Los carboneros, de fotografía. — El castillo de San Pedro en Santa Cruz de Tenerife. — El cañón "Tigre," de la explanada del castillo de San Pedro. — Banderas de los Regimientos de Canarias que rechazaron a Nelson en 1797. — Bandera Emerald tomada a Nelson en el castillo de San Pedro de Santa Cruz en el hecho de armas de 1797. — La letra con sangre entra, cuadro de Coulderly. — Valee de R. M. Saumell hijo.



M. A. SILVA GANDOLPHI
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

NUESTROS GRABADOS

M. A. Silva Gandolphi
Ministro de Instrucción Pública

Generales Leocadio Quintana, Antonio Fernández
y José Félix Mora

Tenemos el gusto de presentar los retratos de los señores cuyos nombres encabezan estas líneas, actores importantes de la Revolución triunfante. Continuaremos en los próximos números.

Don José Antonio Calcaño

Uno de los poetas más notables de Venezuela.

Presentamos hoy su retrato, y llamamos la atención sobre los rasgos biográficos que hallarán nuestros abonados en el presente número.

La letra con sangre entra

[CUADRO DE COUDERLY]

Respecto de este tema copiamos á continuación lo que nos dice el Dr. Aristides Rojas en su leyenda titulada "LAS PATRICIAS VAPULADAS."

.. Si en el uso del látigo aplicado en pasadas épocas, como correctivo y estímulo á los hijos de familia, á los escolares y aprendices de todo género, á los esclavos y ciudadanos, no hubo enseñanza posible; tal es la traducción que hacemos del extinguido adagio castellano que dice: "La letra con sangre entra". De España nos vino tal procedimiento, y ante los hechos que registra nuestra historia, tenemos que confessar que el uso del látigo produce en Venezuela admirables resultados. Tan obedientes fueron los antiguos esclavos á la sérula de sus Reyes, que sólo los desastres de la guerra y la constancia inflexible de Bolívar lograron vencerlos. Sacrificábanse por la causa española, y tan sumisos aparecían á la más insignificante iniñación de sus mandatarios que, á proporción que los jefes patriotas concedían la libertad á sus esclavitudes, éstas desertaban de las filas republicanas para morir ó vencer, como nuevos esclavos, en las filas peninsulares. El látigo los había hecho sumisos, obedientes, ágiles, valerosos y hasta heroicos en pro de España, durante tres siglos.

Y por lo que toca á los magnates de la colonia, todos confesaban públicamente con orgullo y sin ningún rubor, que sus padres, al educarlos, los habían tratado con mucho rigor, es decir, que los habían vapuleado cuando niños traviesos, siguiendo el ímpulso general. Así pasó el uso del látigo de abuelos á padres, de padres á hijos, hasta que surgieron los hombres de la revolución de 1810, ya como militares, ya como patrios y como mártires, ya como héroes, para continuar riñendo culto á los famosos azotes que tantos bienes proporcionaban á la familia venezolana. De manera que el uso de tan oprobioso instrumento, durante trescientos años, produjo dos resultados diametralmente opuestos: por un lado el esclavo, máquina animada, sér embrutecido, que obedecía, no al deber, sino al hábito, á la fuerza, al mando; y por otro, el sér pensante, educado, capaz de arrostrarlo todo por conquistar la libertad, antes que soportar una esclavitud tranquila.

Va no se escucha el chasquido del látigo, ni en nuestros campos, ni en los talleres de obreros, ni en las escuelas, ni en el seno de las familias. Desde el día en que fué abolida la esclavitud, ahora treinta y cinco años, cesaron las dos fuerzas que la sostienen: la codicia favorecida por la religión y por la autoridad civil, y el látigo, agente aéreo, sonoro, ondante, inexorable, siempre dispuesto á dejar repelente llaga en el desnudo cuerpo de la víctima."

Saumel

Quien nombra al profesor Saumel nombra á sus hijos que han heredado su talento musical, el exquisito gusto, el sentimiento; y son honra del padre y del arte. Bendiga Dios este hogar de artistas. Hoy publicamos un valse del joven R. M. Saumel, dedicado al Director de este periódico.

Los Carboneros

Aun continuamos en los días de la Colonia; es decir siguen los desmontes en nuestras ricas selvas, para convertirlas en carbón; escasea el agua; y sigue el tráfico de los burros atados. Y sin variantes continúa el tipo del carbonero. Vease el grabado correspondiente.

El arado romano

Todavía se usa entre nosotros el arado romano. Es decir que vivimos aún en tiempo de Cincinato!! Tal es el influjo del hábito, de la tradición y del atraso sobre el corazón humano! Como que habrá de ser necesario aquí una alcadada como la del mandatario X en una de las Antillas, que al recibir las laminarias de los inventos de los americanos para el servicio de la agricultura, destruyó las suyas en presencia de los agricultores vecinos, dando cesión á un entero general en toda la comarca.

Hecho de armas en Santa Cruz de Tenerife
el 25 de Julio de 1797

Como perdió Nelson el brazo derecho

La famosa y rápida refriega de julio de 1797, entre España y Inglaterra, se abrió con la derrota de la escuadra española en el cabo de San Vicente.

"Nelson, escribe uno de los historiadores de la Gran Canaria, que mandaba en aquel día memorable uno de los buques que más contribuyeron á la victoria, con el grado ya de contra-almirante, y alentado por el recuerdo de su triunfo, se adelantó con algunos navíos sobre Cádiz pretendiendo bombardearla. Su empresa fracasó, sin embargo, ante la actitud decidida y energica del pueblo gaditano, deseoso de lavar la mancha del combate de San Vicente."

En los mismos días se presenta de súbito en la Rada de Santa Cruz de Tenerife. Consta la escuadra inglesa de tres navíos de 174 cañones; tres fragatas de 32 á 38; un cíter de 14 y una bombardera, á cuyas fuerzas se agregó luego otro navío de 50. Una fuerza de 1500 hombres desembarcó en la playa de Vallesco con el objeto de dominar la altura de Paso-alto, y apoderarse de la fortaleza.

Al instante, todas las tropas de Santa Cruz se pusieron sobre las armas y la noticia circulando con velocidad levantó el entusiasmo de todos los cuerpos de milicias que se aprestaron á la defensa. Los milicianos en número de 380 ocuparon los castillos y baterías situándose en la fortaleza de San Cristóbal. Todo estaba listo bajo las hábiles disposiciones del Comandante General Juan Antonio Gutiérrez, cuando Nelson ejecuta un ataque simulado sobre el frente de la plaza, ayudado de la escuadra inglesa. Todo se hacía para burlar la vigilancia de los isleños. Mientras que los buques ingleses bombardeaban á Paso-alto, 1200 soldados distribuidos en las lanchas de la escuadra y bien ordenados se avanzaron en silencio, favorecidos por las tinieblas con el intento de desembarcar á un tiempo por diferentes puntos de la población. Pero no estaban los defensores isleños dormidos, pues la batería de San Antonio rompió sobre los invasores el fuego de sus cañones y paralizó el arrojo de los ingleses; al instante la defensa se hizo general y las lanchas enemigas rotas y dispersas apenas pudieron llegar á las playas.

"A este tiempo, escribe el historiador Miyares, el contra-almirante Nelson, cuyo arrojo no conocía límites en presencia del peligro, se pone al frente de una división de lanchas, y dirigiéndose recientemente al muelle, consigue atracar junto á la explanada, seguido de los capitanes Freemantle y Bowen. Pero, en este momento, recibidos por todas partes con un nutrido fuego de fusilería y metralla, casi todos sus soldados caen muertos ó heridos á su lado, contándose en el número de los primeros al capitán Bowen, y en el de los segundos en el mismo Nelson, que, herido gravemente en el brazo derecho, retrocede, abandona el muelle y se retira á su escuadra para sufrir allí la amputación del brazo herido, como recuerdo indeleble de su derrota.

"Esta desgracia, y la de haberse sumergido el cíter Zorra, ahogándose los noventa y siete hombres de su tripulación con el subteniente Gibson que los mandaba, dió por resultado la retirada de los enemigos de aquellos puntos donde les fué posible observar la inutilidad de sus esfuerzos." (1)

Después de estos sucesos, á pesar de amenazas y brabatas de los ingleses, hubieron éstos de sufrir grandes pérdidas de hombres y de lanchas, lo que trajo una capitulación honrosa en la cual se realiza el brillo y generosidad de los vencedores y la gallanería de la raza castellana.

Todo esto fué una de tantas empresas descabelladas de la poderosa Alhión. La pérdida de los ingleses en esta memorable jornada, agrega el historiador, fué de 45 muertos; 122 heridos; 167 ahogados y 5 prímulos, con 7 oficiales muertos y 5 heridos de más ó menos gravedad. Los canarios tuvieron por su parte 23 soldados muertos, 38 heridos, quedando en su poder un cañón de campaña, una bandera, dos tambores, fusiles, chuzos, sables, pistolas, escasas y municiones.

Así perdió Nelson el brazo derecho.

Véanse á continuación las certificaciones que copiamos de las siguientes fotografías que debemos á la cortesía del señor Manuel Martel Carrión, y que han servido de originales para los grabados de:

Las cuatro Banderas Nacionales de los Regimientos de Milicias de Canarias que rechazaron á Sir Horacio Nelson en 25 de Julio de 1797 en Sta. Cruz de Tenerife.

Bandera "Emerald" tomada á Sir Horacio Nelson en aquel hecho de armas.

Cañón "Tigre" de la Esplanada del Castillo de San Pedro en Santa Cruz de Tenerife, cuya bala hirió á Nelson.

Y Castillo de San Pedro en Sta. Cruz de Tenerife:

(1) MIYARES Historia de la Gran Canaria.

.. Don Santiago Beyro y Martín, Doctor en Sagrada Teología, Licenciado en Derecho Canónico, Curia de la Parroquia Matriz de N. S. de la Concepción de la Ciudad de Santa Cruz de Tenerife, capital de la Provincia de Canarias, etc.

Certifica: Que la presente fotografía es copia exacta de las cuatro banderas nacionales que pertenecieron á los Regimientos de las Milicias de Canarias, con que sus heroicos hijos rechazaron á Sir Horacio Nelson, en veinte y cinco de julio de mil setecientos noventa y siete, y que se custodian en esta dicha Parroquia. Y á petición del señor Don Manuel Martel Carrión, Agen- te Oficial de Venezuela en esta Provincia, extiendo la presente que sello y firmo en Santa Cruz de Tenerife á 16 de abril de 1892

[Firmado].

Don Santiago Beyro y Martín.

Luego siguen las certificaciones de los señores J. Philibert Salien, Cónsul de los Estados Unidos de América; S. H. Harford, Cónsul de Inglaterra; A. de Aguilar, Cónsul de Rusia; Charles H. Hamilton, Cónsul de Bélgica; G. Buzle, Cónsul de Alemania; Pedro Ravina, Cónsul de Italia; y Luis Falco y Quevedo, Cónsul del Ecuador y Encargado del Consulado de Venezuela en las Palmas de Gran Canaria, sobre la autenticidad de la firma de Don Santiago Beyro y Martín.

Igualas certificaciones se encuentran en las fotografías de las dos banderas inglesas originales con el nombre "Emerald" tomadas á Sir Horacio Nelson en 25 de julio de 1797.

Don Anselmo de Miranda y Vázquez, Alcade de Santa Cruz de Tenerife.

Certifico: Que la presente fotografía es copia del cañón que tiene inscrito el nombre "Tigre" y la fecha 1797 que se encuentra en la explanada del castillo de San Pedro de esta ciudad.

Y para que el señor Don Manuel Martel Carrión lo haga notar adonde le convenga, le extiendo el presente en Santa Cruz de Tenerife á 21 de mayo de 1892.

[Firmado].

Anselmo de Miranda.

Don Manuel Corsini y Pérez, Coronel de Artillería y Director del Parque de la Plaza de Santa Cruz de Tenerife.

Certifico: Que en la plancha fotográfica anterior, el cañón que se destaca de los demás que están en línea, es copia exacta del llamado "Tigre," fundido en el año mil setecientos sesenta y ocho, y que está á mi cargo en el castillo de San Pedro de esta ciudad.

Y para que conste lo firmo en Santa Cruz de Tenerife, á 24 de mayo de 1892.

Manuel Corsini.

Artillería.—Comandancia de la Plaza y Parque de Santa Cruz de Tenerife.

Nous, Consul Imperial de Russie aux Iles Canaries, Certifions, que la signature apposée ci dessus est bien réellement celle de Mer le Colonel Corsini. En foi de quoi nous avons signé le présent et y avons apposé notre sceau.

St. Croix de Tenerife le 28 mai 1892.

A. de Aguilar."

(L. S.)

D. JOSE ANTONIO CALCAÑO

No recordamos quien fué el que, á propósito de los hermanos Calcaño, dijo: "esa familia es un nido de ruiuseñores." Frase felicitísima, que resume el más cumplido elogio de un cardumen de poetas. No obstante, analizándola, no la encontramos rigurosamente exacta. El canto de un ruiuseñor, es igual al de otro ruiuseñor; y la poesía de Don José Antonio, por ejemplo, nada tiene que hacer con la de D. Eduardo, ni la de éste se parece á la de Francisco que santa gloria haya. A lo sumo podría encontrarse en ellas cierto aire de familia; el cual consiste en el sentimiento, siempre delicado que los inspira. Por lo demás cada cual tiene su tipo, perfectamente determinado y una estatura literaria, que no somos nosotros quienes podemos establecer.

Lo que si no tenemos inconveniente en decir es que, Don José Antonio Calcaño es sin disputa el más universalmente conocido, de los poetas venezolanos contemporáneos.

Con sus bellas producciones han engalanado sus columnas multitud de periódicos de todos los países que por habla nativa tienen la armonía y rica de Cervantes, y de él han hablado con elogio, ilustres literatos españoles y americanos.

Don José María Torres Caicedo, de inolvidable memoria para las letras americanas, dice en sus "Ensayos Biográficos" (edición de París, 1863):

"José Antonio Calcaño vió la luz primera en Cartagena, en 21 de enero de 1827. Su Padre don Juan Bautista Calcaño, era de origen italiano y natural de Venezuela. Su madre, la señora doña Josefa Anto-

nia Paniza, era hija de Cartagena y descendía de una distinguida familia de España.

Hizo sus estudios de latínidad y filosofía en los colegios de la capital de Venezuela. Luego siguió los cursos de la Academia militar. Pero impulsado por el *demonio interior*, en vez de aficionarse al estudio de las ciencias exactas, se lanzó en el camino que le trazaba su bellísima *Beatriz*, es decir, la Musa más dulce, piúlica, armoniosa, que sonreía al joven con amor, que de lejos como de cerca le regalaba con sonrisas, le poblaba sus campos de bellas apariciones y sus sueños de imágenes celestiales.

El joven Calcaño empezó á cantar con la misma espontaneidad con que el ruisenor alza sus trinos en la floresta; y desde 1845 los diarios más acreditados de Venezuela comenzaron á dar á luz esas bellas estrofas que fueron aplaudidas en toda la América latina, reproducidas en revistas y libros extranjeros y que han granjeado al poeta grande y merecida fama.

Como de Laprade, Calcaño conoce ese lenguaje misterioso, dulce e indefinible de la naturaleza. Espiritu contemplativo, alma elevada, corazón tierno y expansivo, se recrea en todas esas músicas del valle, del mar, del bosque. En sus versos se siente el murmullo de las aguas, el arrullo de las brisas. Esa arpa de variadas cuerdas reproduce desde el golpe furibundo de la onda al estrellarse contra la roca, hasta el dulce rumor del beso que imprime el cefírillo á los lirios del campo. Su pensamiento no reposa un instante. Sus cantos son un reflejo de todos los colores del sol americano, y están impregnados de los perfumes de nuestro magnífico pensil.

Calcaño tiene á la vez la inspiración y el arte, y al tributar este elogio á tan amable poeta, no cedemos al afecto que nos inspira, sino que nos conformamos al juicio emitido ya por literatos de alta nota en América y España."

La *Ciencia Cristiana* de Madrid, de abril de 1878, con motivo de insertar *La Gruta del Rey*, de Calcaño, en un artículo admirable por el saber, en que interpreta esa composición que llamaremos simbólica, le llama: "una de las más grandes, envidiables y legítimas glorias del moderno Parnaso."

"Las poesías de Calcaño (dice el eminentí crítico don Enrique Piñeyro) se distinguen por un mérito, que es el más raro de encontrar entre escritores hispano-americanos: la perfección de los detalles. Nuestros vates suelen tener las cualidades de nuestros climas, opulencia, empuje, grandiosidad á veces, exuberancia siempre. Los mejores, como Olmedo y Heredia, son muy desiguales, y es raro que logren escribir una composición perfecta: otros, mucho más correctos, como Bello, caen con frecuencia en el prosaísmo. Calcaño es un poeta y un verdadero artista. Su inspiración, siempre pura y elevada, se refleja en una forma exquisita. Hay composiciones suyas que son el ideal de su género, joyas talladas, pulidas, adornadas con una armonía y perfección de detalles, que no hay más que pedir."

Nosotros sabemos ó creemos saber el secreto de ese perfecto pulimento, de esa riqueza de adorno, de esa exactitud de detalles. Es que don José Antonio no es solamente poeta. Es artista en toda la extensión de la palabra. Escogió la poesía para darle forma tangible á su esquisito sentimiento, porque sin duda vió en ella un campo más vasto y adecuado; pero, estamos ciertos, de que en la pintura hubiese hallado el mismo eco simpático, la misma sumisión, y que la música habrá traducido finalmente los tesoros de su opulenta fantasía.

A él mismo le hemos oido decir que la música es su mina de poesía y que apenas hay composición suya que no se le haya venido hecha, al amor de alguna romanza, sonata, fantasía ó capricho musical. Como ejemplo del poder de la música en su organización, referiremos lo que nos decía una vez, que hacia el elogio de las dotes artísticas del Dr. Felipe Larrazábal: "Un día fuimos Eduardo, yo, Eloy Escobar, José Ángel Montero (de mucho saber musical) y creo que Félix Soubllette, á casa de Felipe Larrazábal, el admirable Felipe, el artista por excelencia, el de las obras como de Mendelssohn, de Haydn y de Mozart. El calor del sol, abrasador y sofocante ese día, de

una parte; y de otra, mi abrumadora malandanza, el *res angustus domi*, mi atmósfera de aquellos tiempos, me tenían lo más distante posible de todo sentimentalismo y cerrado como una roca á toda influencia artística.

— "¡Qué me alegro de que hayas venido (me dijo Felipe) Tengo aquí algo—te voy á hacer llorar"—"Difícil es eso hoy" (le respondí)—"Ya verás"—Y se sentó al piano, y dándome el papel, me dijo:—"Toma, imponte primero de la letra."—En seguida puso sobre el teclado, aquellos dedos de magnetizador, aquellos dedos que sólo él ha tenido, bajo los cuales el marfil, sin elástica nunca, parecía animarse para obedecerle humildemente y comunicar á los alambres la onda, el fluido, los efluvios artísticos de que eran en él trasmisores el tacto, la pulsación, y la mirada y el aliento; y comenzó los compases, de entrecortadas notas que preceden á ese canto. Respiré gordo, como quien despierta. Felipe acompañaba.—Eduardo cantaba á media voz y *simplicemente*, lo que se armonizaba á maravilla con la indole de la melodía y con las *artes diabólicas* de Felipe.—Se cantó toda.—Resultado: que se salió con la suya, me volvió un niño, me meció, jugó conmigo á la pelota. ¡Y

verme la cara. El no contaba con aquella unión de canto y lágrimas, eso no estaba en su libro; y lo mismo fué verme, que soltar un alarido de espanto y echar á correr llorando á gritos. Aquello era deformidad para él; y los niños, acaso porque tienen en el alma más fresco el recuerdo de todo lo regular, de todo lo armónico, de todo lo estético y bello de la patria celestial, tienen horror por todas las deformidades: por eso se asustan de los animales de forma grotesca, de los viejos, de los listados, de los locos. Aquel chico, lo comprendí, me tomó por un loco. Sensible yo al espanto que involuntariamente le había causado, quise sosgarle, y salí á llamarle, con ánimo de darle una moneda; pero peor fué, porque creyó que el loco le perseguía, y apretó la carrera, y douló los gritos y la esquina."

Fué algunos años Jefe de Sección en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en la Administración del General José Tadeo Monagas, y Cónsul de la República en Liverpool desde 1867 hasta 1884. Hoy está investido con el honorable cargo de Cónsul General de la República de Colombia y es Director de la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española.

A. HERRERA TORO



D. JOSE ANTONIO CALCAÑO

cómo no? Felipe en el piano, su trono, ó más bien su caballo de batalla, tenía que vencer siempre. La canción era: *Ongi sabato avrete el lume acceso*, de Gordigiani."

Otra vez (lo citaremos como ejemplo de lo mismo) hablando de las peculiaridades de los niños, de sus timideces y repulsiones, refería el susto que había pasado con él un chico inglés en la aldea donde vivía, cerca de Liverpool; y dijo: "Después de la muerte de Alberto acostumbraba yo á salir muy de mañana por los alrededores desiertos de mi casa, acompañado sólo de su perenne recuerdo y mi profunda melancolía. En una de esas mañanas me detuve en un callejón solitario, á la orilla de un *moss-pit* (tremedal) enredada de helechos, zarzas bravas y escaramujos. Estaba yo de espaldas al camino, cruzado de brazos. Me había asaltado el recuerdo de una *Giga* muy triste que él tocaba al piano (su pasión); y la cantaba yo en voz baja y por supuesto desatado en lágrimas, cuando un chico que venía con un cántaro de leche y que sólo me veía de espaldas, movido sin duda por la extrañeza y la curiosidad de saber qué hombre era aquel, acercándoseme, metió la cabeza por uno de mis costados y la levantó, á

pueblos, familias y beligerantes, dominados por una misma causa, obraban de común acuerdo.

Mas antes de verificarse el terremoto, ya la revolución podía considerarse como vitoriosa. La uniformidad de los movimientos bélicos, tanto en Caracas como en Valencia, y síntomas generales del descontento y descrédito que preceden á todos los gobiernos próximos á desaparecer, auguraban el retorno de los mandatarios españoles y el hundimiento de la República y de sus conductores. En Valencia, como hemos dicho, los frailes franciscanos se habían puesto al frente de la revolución que reventó en 13 de julio, en los mismos días en que había sido sofocado un movimiento semejante en Caracas, patrocinado por la colonia de los españoles isleños. Entre los franciscanos sobresalía uno, Fray Pedro Heraández, es-

píritu incansable, realista furioso, hombre de acción, de astucia y de inteligencia, á quien podemos considerar como pluma y espada de la congregación franciscana. Fray Pedro se había hecho de partidarios que le obedecían sin titubear, de cierta influencia que le abría la puerta de las familias y de la caja repleta de los comerciantes peninsulares, del respeto de las muchedumbres y hasta de la veneración que inspiraba el que sólo llevaba por armas los cordones de su hábito y un busto del Crucificado.

"No cargo espada, pero esta es mi arma, decía Fray Pedro mostrando el Cristo que cargaba. Con este venció San León al monstruo Atila, y con este venceré yo á los enemigos del Rey y de Dios, á ese ateo que llaman Miranda que viene á volcar nuestra religión y á seducir nuestros pueblos. No guardo riquezas, pero cuando tengo hambre, el pobre me abrirá sus puertas para cederme el pan del peregrino, que poder he alcanzado para absolver los pecados y colmar á los que tienen hambre y sed de justicia. No abrigo temores, que Dios protege á los reyes, ampara á los que sufren, y guarda castigo para todo impio."

Con frases más ó menos sentenciosas animaba Fray Pedro á los suyos, sin abandonar la pluma que supo elaborar pasquines políticos, entre los cuales figuraron en aquellos días, una representación dirigida al Concejo Municipal de Valencia y una proclama dirigida al pueblo contra la persona de Miranda, ambos escritos sin firma. Leemos hoy el manifiesto y lo encontramos lógico. Si la revolución de 1810, tuvo por norte la salvación de Fernando, la proclamación de la República era un absurdo; si lo contrario, hubo engaños en cuanto se dijo y publicó. El fraile escritor quitaba la careta á sus adversarios y los acusaba como traficantes políticos, hombres sin fe y sin principios, enemigos declarados de la causa popular que aclamaba los fueros de un rey desgraciado. La proclama es personal y trata de exhibir á Miranda con los más feos colores. Leámosla:

"PUEBLO DE VENEZUELA:

Nosotros cooperamos, en verdad, á que os viniese á la causa de Caracas cuando creímos que solamente la movía la fidelidad á nuestro Rey, y un celo desinteresado por nuestra libertad y felicidad; pero ahora cumplimos con la obligación en que nos ha puesto aquel paso que dimos (engañados sin la menor duda) de descubrir el velo que ha ocultado sus intentos. Teníamos entendido que un Fracmasón detestado hasta por las naciones separadas de la Iglesia Católica, en sus papeles públicos, es el que acuadilla una tropa de libertinos ignorantes, de aquel pueblo infiel. Miranda, el revoltoso é inicuo Miranda, con sus discursos floridos y seductores, se ha ganado el vasallaje y el auxilio de unos hombres dispuestos por la corrupción de sus costumbres á cometer cualquiera maldad, con el objeto de emprender la destrucción de la Religión Católica en nuestra Provincia. Como tan práctico Fracmasón sabe muy bien que los Reyes Católicos serán siempre en sus dominios unos baúltos inexpugnables que la sostengan, y por eso, antes de haber entrado en Caracas, comenzó desde Curazao á hacer odioso hasta el nombre del Rey; y últimamente, ha conseguido que el Gobierno hasta ahora legítimo, se haya degradado él mismo, y convertido en un Gobierno intruso, y sin representación, por haber decretado la independencia absoluta del legítimo, y tantas veces Jurado Monarca á quien representan. Únicamente lo autorizaba para exigirnos obediencia y fidelidad. Nos hallamos, pues, libres y absueltos del Juramento que le prestamos.

Por tanto, opongámonos con todas nuestras fuerzas al complot de la iniquidad: arniémonos contra ese monstruo de perfidia que con inaudito

descaro ha pretendido engañarnos. Unámonos á los fieles vasallos de nuestro Rey, que con infatigable constancia defienden su causa en Guayana, Maracaibo y Coro. Estos sí que van en pos del verdadero honor y felicidad, porque siguen lo que dicta la religión y la razón, y apartémonos para siempre y detestemos ese gobierno intruso, gobierno de tinieblas que sólo aborta errores y perfidias y destrucción.

Que cuando esta pequeña parte ataca y vence á las otras con razones irrefrágables, y curren al trampantojo de la desición por pluralidad de votos y triunfan, sin más razón, que por ser más sus votos, como ha sucedido en la declaración de la independencia, y de este modo van adelantando su obra, esto es, la destrucción de la religión y el establecimiento del ateísmo.

¿Qué podemos esperar de un gobierno ejercido por un Congreso, cuyas cinco partes constan de Fracmasones, y materialistas, y solamente la sexta, de católicos ilustrados?

Unámonos á nuestros hermanos los católicos de Guayana, Coro, y Maracaibo: lejos de hacerles resistencia, conviéndoles á que vengan cuanto antes á destruir ese desgobierno, fabricador de nuestra miseria y ruina: tengamos á su disposición las armas y las tropas que hay en nuestros pueblos, y prevengámonos los víveres que podamos para que nos ayuden á restablecer el orden en nuestra desgraciada Provincia, casi ya destruida por un gobierno oligárquico, que se ha sorbido cerca de tres millones de pesos en poco más de un año, sin haber hecho otra cosa en su favor que aniquilarla en todos sus ramos."

Estos improperios contra Miranda eran reminiscencia de cuanto se había dicho contra el invasor de 1806, en las expediciones de Ocumare y de Coro, por el Arzobispo Ibarra y clero de Caracas. Era necesario despertar el sentimiento religioso del pueblo y presentar á Miranda, no como hombre político, sino como protestante innovador que venía á destruir las creencias de nuestros antepasados y á cambiar por completo la civilización castellana. Ya veremos más adelante, que tales ideas encontraron en el terremoto de 26 de marzo de 1812, fuerte apoyo, pues despertaron un fanatismo diabólico, que supo explotar el clero de Venezuela, no como idea religiosa, sino como fuerza política.

La revolución de Valencia reventó el 13 de julio, apoderándose de la capital y de otros lugares vecinos y de las aguas de la laguna. El movimiento que tenía sus ramifications con Caracas, Coro, Maracaibo y otras ciudades, contaba con hombres y con recursos. Vencedora la revolución de las divisiones del Marqués del Toro, siguió á éste el General Miranda, quien logró posesionarse del Morro de Valencia, punto importante de los revolucionarios. Lisonjeadas con este triunfo continuaron las tropas de Miranda á la ciudad, donde se hicieron de muchos prisioneros. A poco se rinden los realistas que se habían fortificado en la plaza mayor, y todo auguraba triunfo completo, pues los comisionados de la revolución proponían capitulación, cuando de repente las tropas de Miranda tropiezan con el convento de los franciscanos y casas vecinas, de donde salió lluvia de fuego hábilmente sostenida contra los patriotas, que hubieron de ser víctimas. Empeñado el ataque contra los revolucionarios parapetados, luchóse por mucho tiempo, quedando el campo patriota lleno de heridos. La victoria se había convertido en derrota, por falta de previsión, teniendo Miranda que retirarse á Guacara, al anochecer, dejando en poder de los contrarios, bagajes, pertrechos de guerra y sus heridos y enfermos.

Días más tarde, á mediados de agosto, cuando los realistas se encontraron

aislados, sin recursos, y teniendo que defenderse durante cinco días de los repetidos ataques de Miranda; al verse extrechados, en su último sitio de defensa, la plaza mayor, y sin agua potable, proponen nueva capitulación, pero con la exigencia de que ésta fuese hecha por el Arzobispo. Miranda les contesta al momento diciéndoles que "si no se rendían á discreción, haría prececeder la llegada del Arzobispo con nuevos cañonazos y metralla." Estas dos batallas en la ciudad de Valencia á fines de julio y mediados de agosto de 1811, constituyen lo que se ha llamado *bautismo de sangre* de Bolívar y de sus compañeros Fernando Toro, Lazo, Gabriel Ponte y otros jóvenes de aquellas épocas.

Después de la toma de Valencia, en la cual fueron saqueados algunos almacenes y sufrieron muchos edificios, quedaron entre los prisioneros el Padre Hernández y sus colegas, logrando fugarse hacia Coro, la mayoría de los europeos.

El Vencedor fué generoso, escribe un testigo presencial de estos sucesos. Esta moderación de Miranda contribuyó, sin duda alguna, á que Fray Pedro Hernández, temiendo la muerte, escribiera al Vencedor la siguiente misiva:

Señor General en Jefe

"En medio de la angustia y dolor que aflige á los tres religiosos que nos hallamos presos, en este pueblo de Guacara, llega su desconsuelo á lo sumo de verse imposibilitados de arrojarse á los pies de V. E. á implorar la beneficencia de su noble y generoso corazón, y á participar de la dulce satisfacción que disfrutan sus amados compatriotas, cantando las alabanzas debidas al triunfo del protector de Venezuela. ¡Ah! la vil calumnia. émula siempre del verdadero mérito, nos engañó malamente imprimiendo en nuestro ánimo una opinión enteramente contraria; pero la evidencia nos ha desengañoado, haciéndonos conocer, penetrados del dolor más vivo, nuestro hierro.

Si señor General, sin alegar otras pruebas, en esta prisión hemos recibido la lección más instructiva para nuestro desengaño. Veinte soldados nos custodian en ella diariamente. La moderación cristiana de los individuos de esta tropa, sus sentimientos humanos y religiosos, y su arreglada conducta, sólo pueden derivarse de una cabeza incomparablemente más virtuosa que ellos.

Esta persuasión alienta nuestro desfallecido ánimo, para que con la mayor confianza, implorremos la piedad de V. E. ¿Será posible, señor, que estos desgraciados caraqueños, sean los únicos á quienes no alcancen los beneficios que á manos llenas derrama V. E. sobre los desdichados? Por nuestras venas circula aquella pundonorosa sangre que inspira á los hijos de nuestra Capital, el celo inimitable por el decoro y engrandecimiento de su Patria: y protestamos á V. E. que (descubierta ya la negra calumnia que pretendió hacer creer despojada á nuestra Provincia de su mayor felicidad, cual es la Religión Católica) no sólo reconocemos la legitimidad y justicia de la Independencia sancionada, sino que juramos en presencia del cielo y de la tierra, ser perfectamente fieles á nuestro nuevo gobierno, y ser sus más acérrimos defensores y panegiristas.

Dios nuestro Señor dilate la interesante vida de V. E. los muchos años que necesita, nuestra Provincia.—Guacara, 15 de agosto de 1811.

B. L. M. de V. E. su más obediente súbdito y capellán.

Fray Pedro Hernández.

Señor General en Jeje don Francisco Miranda. [**]

[*] Estos importantes documentos históricos, referentes á la época de 1811 á 1812, tan difíciles de encontrar, pertenecieron al archivo del Ledo. D. José Santiago Rodríguez, de grato recuerdo. Los debemos á la amistad de su hijo político, el Dr. Miguel Rodríguez, á quien presentamos públicamente nuestro agradecimiento.

Patria boba llaman en Venezuela los años corridos desde el 19 de abril de 1810 hasta la capitulación de Miranda en julio de 1812. *Patria infantil*, la llamaremos nosotros, pues si abundan los *bobos* en este mundo, mayor es el número de los *inocentes*. Era muy natural de los moradores de la Patria infantil el entusiasmo del momento, al cambiar la situación y al obrar como ciudadanos y no como súbditos; era muy natural exaltar las nobles pasiones del corazón, creer en la buena fe, en la letra de los tratados, en el cumplimiento de toda promesa; era muy natural idealizar, soñar con la nueva patria al verla emancipada después de tan prolongado tutelaje. Y era también natural perdonar después de vencer, y sentir la compasión que exalta la generosidad. Esta manera de pensar que era una de las idiosincrasias de la Revolución, tomó creces, después de los sucesos de Valencia. Así fué que apenas pidieron perdón los franciscanos revolucionarios, cuando estos mismos, se hicieron conocer como víctimas de sus compañeros políticos. Y los lobos mal intencionados se convirtieron en tímidos corderos, y los gobernantes infantiles en inocentes criaturas. Y hasta los espíritus ilustrados y prácticos como Miranda se volvieron niños crédulos y bonachones.

Por el pronto, después de la victoria, todos los presos iban á ser rigurosamente condenados por la Sala de Examen, cuando cierto incidente, de los que fueron muy comunes en aquella época indefinida de la *patria boba*, vino á alertar á los desafectos. Fué el caso que el 27 de enero de 1812, se reunieron en el templo de San Francisco en Caracas, los electores del Distrito, con el objeto de elegir los cinco diputados de la Legislatura provincial, de acuerdo con lo dispuesto por el Congreso. Los franciscanos conocedores del espíritu generoso que alimentaba á los republicanos, quisieron aprovechar la ocasión; y tan luego como concluyó el acto, de sopetón se presentó la comunidad en el templo, é interpuso sus súplicas cerca del cuerpo electoral para que éste impetrase del Congreso el perdón de Fray Pedro Hernández.

Nómbrase al instante una comisión y póngase al frente de ella al celebrado Licenciado Sans. Recibela el Congreso, habla delante de éste el Presidente de aquella, mueve los nobles resortes del corazón, cunde la generosidad, y el Congreso declara por unanimidad que á todos los prisioneros les será commutada la pena de muerte. Y los aplausos y el entusiasmo llenaron los aires, mientras que los realistas celebraban tan fecundo triunfo. Nada más contagioso que el llanto, y nada más elocuente que la súplica que trae el perdón, y nada más terrible que el lobo feroz vestido con la lana del cordero. La Sala de Examen, sentenció á todos los comprometidos á prisión, desde dos hasta diez años y á otras penas de menor cuantía. El Fraile Pedro Hernández fué sentenciado á quedar recluido durante diez años en Caracas, en el convento de San Francisco, hecho que fué celebrado por toda la comunidad, con aplausos y sonrisas maliciosas.

Triunfó como escribe el notable historiador Restrepo, lo que en aquel entonces llámese *Lenidad americana*.

Después de haber el Fraile Hernández confesado en la prisión, ser el único autor de los pasquines políticos que clandestinamente habían circulado contra el Gobierno, Miranda envió estos documentos al Arzobispo Coll y Prat que estaba en Caracas, y copia de la carta del mismo cabecilla que acababa de recibir, fechada en 15 de agos-



GENERAL LEONCIO QUINTANA

to. La contestación del Arzobispo á Miranda es uno de los documentos más importantes de aquella época; es una revelación política, de aquellas que se transparentan de una manera inconsciente en determinados casos. Leamos tan curioso documento:

“Excmo. señor:

“Siento como debo la insensatez, arrojo, desconcierto, falta de política y de caridad cristiana que respiran el manifiesto y proclama de que V. E. se sirve incluirme una copia, forjados por el común error de esa ciudad, y tal vez espardidos por las provincias comarcanas; y al mismo tiempo me satisfago sobremanera de la carta retractatoria, satisfactoria y confirmatoria del actual sistema venezolano, de la cual también V. E. me incluye copia, que el P. Fr. Pedro Hernández le dirigió á nombre suyo y de los demás religiosos deseados de Guacara con fecha del 15 del mes próximo pasado.

“Entreveraciones que da el hombre, pasando del error al reconocimiento, convicción y arrepentimiento íntimo; y que puestas á discreción de un genio regenerador, libre y esclarecido, como el de V. E. podrán servirnos infinito para asentar el edificio político, hermosearlo y ampliarlo.

“Alexandro, Excmo. señor, *semper bello sed post victoriam clarior*, según nos dice su historiador Quinto Curcio. El profeta Eliseo, después que el

rey de los israelitas hubo triunfado de los Sirios en la Samaria, le aconsejó:

“*Non percuties, sed pone panem et aquam coram eis, ut comedant, et bibant, et vadant ad dominum num suum.*”

Saul, vencidos los Ammonitas, previno á sus tropas:

“*Non occidetur quisquam in aie hac, quia hodie fecit dominus salutem in Israel.*”

“Un príncipe nunca se ostenta más glorioso, amable y deseable de sus enemigos, que cuando usa con ellos de la clemencia y generosidad.

“Sea, pues, la victoria de Valencia la gran época de su regeneración, unión y felicidad por el genio de V. E., su vencedor, pacificador y creador; y sean los principales reos, mayormente todos los eclesiásticos, así regulares como seculares, perdonados á impulso de la natural clemencia y previsión de V. E. bien entregados á mí libre disposición; y para entonces protesto á V. E. y al mundo entero, que sacados del error voluntario, ó involuntario, verdadero ó supuesto en que hayan estado, de que los haré utilísimos por el verdadero camino de la religión, al Estado Venezolano, á sus bienhechores, al próximo y á todas nuestras provincias.

“Porque, señor, como V. E. sabe, en los casos de no hallarse preparados los pueblos, siempre se verifica lo que nos dijo Virgilio: “*scinditur incertum studia in contraria vulgus.*” Cada par-

tido toma por norte la religión, tirando por lo regular á hacer prosélitos y mártires, más de opinión, que de religión; ésta, obra como la espada en manos de un ilustrado, ó inexperto general: y como quiera, llegando la conmoción á tal, ya no se acierta con la razón: los que dan á ella son pocos; su voz no es oída: Troya tuvo un Capitán que previsiera las desgracias que entrañaba el caballo, y sólo hubo el sacerdote Lacoonte que levantase la voz diciendo: "O miscri, que tanta insanía, ríves!" al ver la multitud inclinada á introducirlo en la ciudad; y ninguno fué oido.

"Por cuyas y otras consideraciones, es, señor Excmo., que yo me prometo de las notorias bondades de V. E., que se dignará mediar eficazmente al efecto de que queden perdonadas las vidas de tantos reos, mayormente eclesiásticos, interín que círculo las gárgolas más severas á mis venerables curas de esos distritos, para que pesquisen, recojan, y me remitan, ó quemen todas las copias que pudieren encontrar de semejantes papeles subversivos del buen orden y de la tranquilidad pública, renovándome enteramente á su disposición en todo y cuanto me reconozca útil, y rogando á Dios guarde por muchos años la importante vida de V. E., como se lo desea.

Su más atento servidor y capellán.

Q. B. L. M. de V. E.

NARCISO, Arzobispo de Caracas. (1)

Caracas, 4 de setiembre de 1811."

Poniendo de lado las bellas citas que hace el Prelado respecto de la clemencia del vencedor, emite un juicio admirable al hablar de los sucesos políticos de Venezuela, apelando á una sentencia célebre de Virgilio, que copia. Según Coll y Prat, todo lo que pasaba en Venezuela era la resultante de haberse lanzado á un pueblo esclavo, ignorante, con arraigados hábitos de esclavitud en el camino del progreso, del cual no podía darse cuenta. En semejantes casos, *cada partido tiene por norte la religión, tirando por lo regular á hacer prosélitos y mártires, más de opinión que de religión; ésta obra como la espada en manos de un ilustrado, ó inexperto general: y como quiera, llegando la conmoción á tal, ya no se acierta con la razón: los que dan á ella son pocos; su voz no es oída.*

El Prelado traspresentaba así las tendencias del clero, su labor constante contra la República y se anticipaba á anunciar lo que él mismo iba á hacer meses más tarde, en presencia de los estragos del terremoto del 26 de marzo de 1812.

Y era de esperarse que así sucediera, pues hay coincidencias que preocupan aún á los espíritus más fuertes: tal fué la del terremoto en Jueves Santo de 1812, con la de la revolución, en Jueves Santo de 1810. Si no hubo coincidencia cronológica, la hubo en la santidad del día, y esto bastaba.

Cuando todo turbio corrió, después del terremoto de marzo de 1812, Miranda nombró Vicario general del Ejército al fraile Hernández; pero á poco este infatigable realista se pasó á las tropas de Monteverde. En la vanguardia de éste, el fraile armado de un crucifijo de madera, exhortaba á las muchedumbres á sacrificar á Miranda, al hombre que le había salvado, y á los patriotas del gobierno que le habían commutado la pena de muerte. Dos viajeros extranjeros, testigos de estos sucesos, al hablar de esta conducta del fraile agregan: "Que desgracia era ver á un ministro de Dios y de paz, olvidar sus deberes y patrocinar semejantes atrocidades." (2)

Ignoramos qué suerte corrió este fraile revolucionario; pero sí sabemos que unido al padre Gamboa, clérigo de las islas Canarias, escribió la apología de Monteverde á quien comparó con Viriato; folleto que según Urquiza fué impugnado por el Brigadier Ceballos y los representantes de la Provincia de Coro.

La *Patria Roba*, la *Patria Infantil* no fué vencida por las armas ni por sabias combinaciones políticas, sino por el clero de Venezuela que supo explotar la ignorancia y el fanatismo popular. Poniendo en juego la idea religiosa, como confiesa Coll y Prat, estimuló la idea política; y haciendo aparecer el cataclismo de marzo, como castigo de Dios á los pueblos infieles al monarca, los hizo enemigos de esa patria. Coll y Prat fué más allá; pues aceptó el cataclismo como castigo de Dios contra los habitantes de Caracas y de Venezuela, que el asemejó, por sus crímenes y vida licenciosa en que estaban, á las antiguas ciudades de Sodoma y de Gomorra destruidas por el fuego del cielo.

ARISTIDES ROJAS

LA AFINIDAD ETNOGRÁFICA DE LOS INDIOS GUAGIROS

POR A. ERNST

I

La etnografía reúne las diferentes tribus de hombres en grupos más extensos, llamados familias, que se distinguen unos de otros por cierta suma de semejanzas en los caracteres antropológicos, y sobre todo por la estructura de sus lenguas.

Por ambos respectos los guagiros pertenecen á la familia arhuaca, fuera de las de los tupí y caribes á caso la más numerosa del lado atlántico de nuestro Continente. Debe su nombre á los arhuacos de la Guayana, por ser ellos la tribu más estudiada, y por consiguiente la mejor conocida de toda la familia.

Enumerábanse antes los guagiros entre los caribes, probablemente á consecuencia de la situación geográfica del país habitado por ellos. No se puede negar que encontramos en su lengua, y sobre todo en el vocabulario, algunos elementos caribes; pero éstos no son originales, sino ingresaos por el inevitable contacto entre los miembros de las dos familias vecinas. Así mismo el lenguaje de los caribes, y principalmente de los que vivían en las Antillas, contenía un número considerable de voces de origen arhuaco, siendo cosa sabida que esta circunstancia proviene de que los caribes, al apoderarse de aquellas islas, habitadas primero por tribus arhuacas, mataron á los hombres y se quedaron con las mujeres, quienes conservaban su propia lengua, y la enseñaban naturalmente á sus hijos. (1)

Hablarémos ahora en primer lugar de los caracteres antropológicos de los guagiros, y sobre todo de aquellos que resultan del examen detallado de los cráneos. Este asunto ha sido investigado hasta ahora tres veces, á saber (y por orden cronológico de las publicaciones correspondientes): por nosotros en 1870 (*Zeitschrift für Ethnologie*, vol. II, pág. 328. 394, lám. X. XI); más tarde por Virchow (*Verhandlungen der Anthropologischen Gesellschaft zu Berlin*, 1886, pág. 692 á 704); y finalmente por Gaspar Marcano en París (*Bulletins de la Soc. d'Anthropologie*, 1890). Los resultados de las tres investigaciones son tan concordantes como pueden serlo en trabajos de este género. Personalmente hemos de agradecer á los otros observadores el juicio favorable que han emitido en sus escritos sobre nuestra memoria, compuesta en una época en la cual los métodos craneométricos no habían llegado aún á la perfección que tienen ahora.

Los tres cráneos descritos por nosotros los habíamos recibido del señor Vicente Urdaneta en Maracaibo, sin indicaciones especiales de su origen: están hoy en el Museo Nacional de Caracas.

Virchow obtuvo el material para sus investigaciones del doctor W. Sievers, quien lo habla conseguido en Río Hacha: un esqueleto completo y 15 cráneos (4 de hombres, 4 de mujeres, y 7 de niños). Observa Virchow que el estado de los huesos indicaba que la mayor parte de ellos venía de esqueletos enterrados no hace mucho tiempo. Aunque los huesos estaban espesamente cubiertos de cal, como si ésta se hubiese echado encima de los cadáveres (cosa que se suele hacer en tiempo de epidemias), sin embargo en algunos casos habían quedado aún restos del cabello, muchos fragmentos momificados de las partes blandas, y hasta restos de la pulpa cerebral. El esqueleto estaba envuelto todo entero en fajas de algodón y encordelado como las momias peruanas, los brazos doblados y apretados contra el pecho, y las piernas traídas hacia arriba contra el abdomen. Uno de los cráneos tenía á su rededor varias tiras de género de algodón, estaba completamente momificado y cubierto de pelo largo.

Los cráneos examinados por Marcano (4 de hombres, 4 de mujeres, uno de niño) fueron recogidos en la parte oriental de la Guajira. Entre ellos había el cráneo de Juallachapara, jefe de Guarnartao, quien fué muerto el 22 de febrero de 1886 en una refriega contra las tropas venezolanas, y otro de un guajiro muerto en Caracas. (1)

No puede ser nuestra intención entrar aquí en todos los pormenores craneométricos, y nos limitaremos á dar los resultados principales en forma condensada.

Llama desde luego la atención la gran diferencia en el volumen de los cráneos según los sexos. Mientras que la capacidad de los cráneos masculinos oscila entre 1320 y 1490 cm. cúb. (término medio 1390), los cráneos femeninos presentan variaciones comprendidas entre 1040 y 1130 (término medio 1087), de modo que resulta una diferencia de 303 cm. cúb. En la serie de cráneos examinados por Virchow, la diferencia mayor en los cráneos masculinos era de 170 cm. cúb., en los femeninos de 90; pero de 450 entre el cráneo masculino más grande y el femenino más pequeño. Marcano confirma la existencia de esta disparidad, y asegura haber encontrado la misma cosa en todos los cráneos antiguos, examinados por él, de la región del Alto Orinoco y de otras partes de Venezuela: lo que por si sólo no parece extraño, dada la gran extensión que tenía antes la familia arhuaca en todo el Norte del Continente sur-americano.

Se vé de los números citados que la capacidad craneana de los guagiros es relativamente pequeña, y sobre todo los cráneos de mujeres son todos nanocefálicos, ó sea de menos de 1200 cm. cúb. de capacidad: resultado tanto más sorprendente, cuanto que no podemos atribuirlo á sinostosis, ni á deformaciones de otro género. Virchow encontró que la capacidad de tres cráneos de niños era 1100, 1120 y 1140 cm. cúb. respectivamente, y observa que en el último se veía el principio de la erupción de los incisivos permanentes. Podemos decir por consiguiente que en las mujeres el crecimiento del cráneo queda concluido ya en la niñez, lo que resulta también de la circunferencia horizontal del cráneo, la cual en los niños es generalmente tan grande como en las mujeres.

Los cráneos de los guagiros son de forma regular; la frente es algo deprimida hacia atrás, y la glábula y los arcos superciliares son poco salientes. Nunca presentan el achatamiento frontal que era muy común entre los caribes. La cara [del cráneo] es un poco alargada, aunque no en la apariencia, puesto que el hueso malar se dirige abruptamente hacia atrás, de manera que el diámetro bicingomático luce mayor de lo que es en realidad.

Los guagiros son braquicefálicos, porque el índice céfálico [ó sea la relación del diámetro transverso máximo con el diámetro antero-posterior máximo] es para los hombres, por término medio, 81.6, y para las mujeres 80.8.

El índice vertical, ó de altura, es ortocéfalo: para los hombres, por término medio, 74.2; para las mujeres 72.4, y para los niños 70.4: ó sea en conjunto 72.7.

Los cráneos guagiros pertenecen por consiguiente al tipo orto-braquicefálico, y este mismo resultado lo da el examen de todos los cráneos de arhuacos de

(1) ROJAS (J. M.)—El General Miranda. París, 1 vol. 8º grueso

(2) FOUDRE ET MEYER—Mémoire pour servir à l'histoire de la Révolution de Caracas, etc., etc.—París, 1 vol. 8º 1815.

(1) Este cráneo es probablemente el mismo que nosotros dimos al señor J. A. Mosquera, quien nos dijo que quería enviarlo á un amigo suyo en París. Era notable por el espesor de sus huesos.

Guayana, mientras que los cráneos de los indios tupí y de los caribes son de un tipo muy diferente. Otras observaciones concurrentes nos autorizan á decir que las diversas tribus de la familia arhuaca, dispersas hoy por toda la parte Norte del Continente sur-americano, son del mismo tipo en cuanto á la forma de cráneo, y viceversa, que el tipo orto-bracicefálico, en la región indicada, caracteriza casi siempre la familia arhuaca.

Este punto muy importante queda corroborado por el resultado de las investigaciones comparativas de las lenguas guajira y arhuaca. Respecto de la primera existe ya gran número de datos gramaticales y hay varios vocabularios bastante extensos, desde que nosotros en 1870 publicamos el primero de 324 voces [en la Revista arriba citada], entre los cuales merecen mención sobre todo los notabilísimos trabajos de Rafael Celedón, y pueden consultarse con provecho las listas de Julio Calcaño y de Ramón Yépes [publ. en Resumen de las Actas de la Acad. Venezolana, Caracas 1886], las notas de Simons, que forman una especie de apéndice al Informe que escribió acerca de sus exploraciones en la península, y finalmente el "Estudio sobre las tribus indígenas del Estado Magdalena, antes Provincia de Santa Marta," por Jorge Isaacs [Anales de la Instrucción Pública en los Estados Unidos de Colombia, vol. VIII, página. 177 á 352], trabajo que motivó dos réplicas por Rafael Celedón y M. A. Caro, publicadas ambas en los mismos Anales.

Para la lengua de los arhuacos de Guayana hemos comparado los vocabularios en el apéndice al tomo segundo de los *Viajes en la Guayana Británica* por R. Schomburgk, varias publicaciones de Everard im Thurn, la memoria de D. Brinton, *The Arawack Language of Guaina in its linguistic and ethnological relations* [Philadelphia 1871] y la Gramática y el vocabulario de dicha lengua que dejó el Misionero moraviano Teodoro Schultz, [impresos en el tomo VIII de la *Biblioth. linguist. américaine* de Maisonneuve, Paris 1882].

Además importa citar aquí la obra importante que publicó el célebre filólogo Federico Müller en Viena bajo el título *Grundriss der Sprach-Wissenschaft* [Fundamentos de la Lingüística], quien indicó primero [tomo II, parte I, pág. 223 á 332] el parentesco entre las lenguas arhuaca y guajira, fundándose principalmente en datos fonéticos y gramaticales.

Algo más tarde, y sin que tuviésemos noticias de esta parte de la obra de Müller, publicamos nosotros en las Actas de la Sociedad antropológica de Berlín [año de 1887, pág. 425 á 444] un estudio sobre el mismo asunto, utilizando de preferencia las analogías y coincidencias lexicales entre ambas lenguas.

Aparece de todas estas comparaciones lingüísticas que la lengua guajira tiene muy ciertamente la mayor afinidad con la de los arhuacos, y que, por consiguiente, los guajiros mismos pertenecen á la familia arhuaca, y que no son caribes, como generalmente se supone.



GENERAL ANTONIO FERNANDEZ

REVISTA DE MEDICINA

Un INTERWIEU con M. Charcot

HEMORRAGIAS DE ORIGEN NERVIOSO

EL HUÉSPED DEL GANGES

PATOGENIA DE LA ECLAMPSIA

Aguas cloruradas sédicas en ginecología

Emilio Zola prepara una novela sobre Lourdes; y á los lares de Bernardila se ha trasladado el autor de Germinal, á beber en la propia fuente, los hechos que formarán el tejido de la obra y las ideas que decidirán de sus tendencias.

Tela tiene el reputado novelista, y tela nueva, de manufactura patria, para los cortes de su obra. Y dados los actuales rumbos de la novela francesa,

tendenciosa, intencionada, planteando siempre un problema social, ó combatiendo preocupaciones legendarias, conflictos científico-religiosos, puede suscitar la obra, y más de una colisión de ciencia y fe.

Se espera el libro con ansiedad. El tema sobre que versará, lanzado á los cuatro vientos, ha sido su más famoso heraldo.

«Le livre est bien lancé», ha dicho uno de los Goncourt, y esta frase lo resume todo.

Que la actual expectativa literaria, halagüeña precursora de su publicación, le asegura ya un riquísimo mercado, es juicio, *a priori*, que no pecará de aventurado si se emite; y que sintetiza bien el espíritu francés que sabe que no es la gloria el mejor pan para el hambre; y que, con prescindencia de todo sentimiento de más elevada extracción, adopta por única tendencia las comodidades de la vida material y los devaneos de una existencia de disipación y de placeres. Tendencia en cuya persecución mueren todos los resortes del sentimiento y se prostituyen los más nobles atributos del alma.

Y no hay máscara entonces que no encubra á la perfidia; ni sentimientos que no se hagan mentir, en ese carnaval de carne y vicio. Y la ciencia no es ya la sublima aspiración del alma humana á eternizarse en el tiempo; sino una retroventa anticipada del espíritu en el mercado de falaces aspiraciones. Y el arte, dia-

manté desprendido de la corona de Dios, para irizar con sus fulgores el mundo de la idea, es joya de pálido brillo, en la diadema de impúdica meretriz, que no eleva el espíritu á inmortales auroras.

Yo, quizás, sino deseo para mi país una civilización como la de Francia, quedan para siempre vírgenes nuestras seculares selvas, si el silencio de la naturaleza han de turbarlo las algazaras de la orgía; no se pueblen de mástiles y velas nuestros pueros y arterias fluviales, si el comercio, metalizando las almas, ha de corromper los espíritus; no ennegrezca nuestro cielo tropical el humo de mil fábricas, si la simplificación del trabajo ha de producir el proletariado; no eleven al cielo sus cúpulas doradas las torres de sumptuosas catedrales, si el sentimiento religioso, con la máscara del fanatismo, no ha de ser consuelo para los desgraciados y alborada de esperanzas para los justos.

Al propósito del libro de Zola, una personalidad literaria de Francia ha tenido con M. Charcot un *INTERWIEU* acerca de la importancia que da á la fe, como agente terapéutico, el sabio de la Salpetrière.

Entra la fe en los misterios de Lourdes, ha dicho el sabio profesor, como parte muy principal de mi tratamiento, cuando pude implantarlo en las histéricas.

Hé aquí la eterna cuestión; la misma indecisa

penumbra donde aun no se disciernen los límites de la ciencia y de la fe.

Una parálisis histérica, en cuyo tratamiento han escondido todos los agentes ponderables e imponeables de la medicina, á uno de esos misteriosos conjuros del pensamiento iluminado por las intuiciones de una fe profunda, á la contemplación de una virgen de túnica blanca y cendal azul, que resalta por su celestial belleza entre los negros pedruscos de su rústica gruta, desaparece como por encanto.

Fenómeno—producto para los unos, de elementos antagonísticos en abierta oposición, y resuelta la lucha en normalidad fisiológica.

Fenómeno—producto de infables harmonías en el seno del espíritu; ósculo fraternal en el santuario de la conciencia, de dos tendencias de idéntico origen, para los que vemos el alma humana resolviéndose por la ciencia en el espacio y en el tiempo, y expasándose por la fe en el seno de su Creador.

Y el fenómeno está allí; repetido á saciedad y registrado por la estadística.

No cabe ya duda de la influencia del moral sobre el cumplimiento de las funciones fisiológicas. Y llevada esta influencia á su más alta expresión, la veremos que, desviándose de su objeto propio, llega hasta producir fenómenos del dominio patológico.

Y nada tiene esto de extraño, cuando en el terreno de lo puramente científico, en ausencia de todo elemento extraño á la índole misma de la ciencia, se acusan, día por día, fenómenos de exaltación nerviosa traduciéndose por alteraciones vasculares como los siguientes: Casos, los únicos en su género hasta ahora publicados, de hemorragias subcutáneas, perfectamente simétricas, observadas por M. Brown Sequard en dos pacientes; en quienes ningún conmemorativo pudo señalar otra causa que desórdenes ó alteraciones de los centros de inervación. Nuevo dato que viene en apoyo de las terminantes experiencias del eminentísimo fisiólogo, sobre las hemorragias que pueden producir las lesiones de los centros, medular ó encefálico.

La epidemia colérica de Francia absorbe la atención de todos los facultativos.

Uno de los rasgos característicos de esta epidemia, dice M. Peter, ha sido la muerte sobrevenida en gran número de enfermos durante el período de reacción, antes que la algidez, la cianosis, los vómitos y las deyecciones riziformes, hayan tenido tiempo de aparecer.

Considerada la actual epidemia bajo su aspecto bacteriológico se ha notado, que el bacilo de Flinck-Prior se ha encontrado en las deyecciones, aislado á veces, y asociado otras al bacilo en coma puro [Koch] y al bacterium coli; mostrándose este último siempre virulento en las experiencias sobre el conejo. La mortalidad en los casos con deyecciones riziformes características ha sido de treinta por ciento [30 p.].

A la hora actual la epidemia está ya en su completa declinación: sin que aún en los momentos de su mayor exacerbación causara las víctimas que otras veces, debido esto á las rigurosas medidas higiénicas y profilácticas que se tomaron en abrigo de la epidemia.

Bajo el punto de vista sintomático M. Gaillard acusa un nuevo síntoma, poco estudiado hasta ahora por los médicos franceses, aunque si notado ya por M. Traube. Es el enfisema subcutáneo, consecutivo, al parecer, á la difusión colérica, á la sed de aire, á los esfuerzos respiratorios del paciente en las angustias de la asfixia terminal. Pero otro factor se incrimina en la producción de este fenómeno; es la deshidratación de los tejidos produciendo una mayor fragilidad de los alveolos pulmonales y ocasionando así el enfisema de triple asiento, interlobular y mediastínico.

En el tratamiento, sobre ciento cincuenta coléricos, ha empleado el mismo observador la transfusión intravenosa de suero sanguíneo artificial y esterilizado, según el método de M. Hayem; disiriendo en el sitio elegido para la transfusión que fué en el presente caso, la vena safena interna, inmediatamente por encima de los maleolos. El líquido empleado ha sido siempre el del notable hematólogo, á saber:

Agua dest. esterilizada..... 1.000 gr.
Cloruro de sodio puro..... 5 gr.
Sulfato de soda..... 10 gr.

inyectado á la temperatura de 38° y á dosis de dos litros para el adulto.

El resultado de este método ha sido dudoso, ó no ha tenido el suceso necesario para erigirlo en principio.

El suero sanguíneo es hoy toda una entidad morfológica: un laboratorio de procesos y fermentaciones orgánicas que arroja nuevas luces sobre la patogenia de varias afecciones.

En la clínica obstétrica de la Facultad de Medicina de París se han emprendido, en el curso de este año una serie de experiencias, con el objeto de investigar en la sangre de las mujeres eclámpicas, la acumulación de las sustancias tóxicas, factor del ataque, admitida ya esta enfermedad como el efecto de una intoxicación.

Dice M. Rummo que la cantidad de suero humano necesario para matar un kilogramo de conejo es de [10 c. c.] centímetros cúbicos.

Por otra parte M. Bouchard ha demostrado experimentalmente que en la eclampsia el líquido vesical, eliminado á veces en muy pequeñas cantidades, estaba privado de gran parte de sus propiedades tóxicas. Basadas pues sobre estos datos se emprendieron las citadas experiencias, las que versaron sobre la cantidad necesaria, para obtener el mismo resultado, de suero proveniente de una mujer eclámpica; y en las veinte experiencias practicadas sobre

seis casos bien observados, la toxicidad ha sido con mucho superior á la fisiológica.

Tres centímetros cúbicos de suero eclámpico han bastado para matar conejos del peso de 1 kilogramo.

Estos resultados, á la vez que confirman la teoría de la auto ó hérero-intoxicación eclámpica, son nuevos datos para ilustrar el pronóstico, á veces tan difícil, de esta afección, dada también la regla de que la toxicidad del suero está en razón directa de la gravedad del caso.

Hoy en el terreno ginecológico pueden asentarse algunas de las indicaciones y contra-indicaciones del tratamiento sodio-clorurado.

Lojos de curar ó disminuir la afección, la balneación sodio-clorurada, por ejemplo, es un foetazo que activa el proceso inflamatorio de las salpingitis y ovaritis recientes, pudiendo llegar su acción perjudicial hasta los terribles accidentes de la pelviperitonitis.

En cambio en las salpingitis antiguas, en las que ya no existen lesiones de vecindad, como exudados inflamatorios peritoneales, las aguas cloruradas sódicas, provocando la absorción de los exudados pélvicos, son un adyuvante eficaz del tratamiento.

DR. ELIAS TORO.

Paris: setiembre de 1892.



GENERAL JOSE FELIX MORA

FRIGUS

¡Qué amanecer tan horrible!
Pobres padres! fueron vanas
Sus largas noches de vela,
Tanto anhelar, tantas ansias.

¡Apenas vió siete abriles
La niña llena de gracias,
La de los crespos de oro,
La de la tez nacarada!

Todo es hoy tristes aprestos
Y ayes que parten el alma—
Sólo los niños, tres ángeles,
Están de fiesta en la casa.

Las novedades que encuentran
Al despertar, los encantan:
El carpintero que toma
Las medidas de su hermana:

Las nuevas sillas que llevan:
Los ramos de rosas blancas;
Las blancas cintas de raso
En los faroles y arañas.

Tal como tres tortolillas
Que juntas vuelan ó saltan,
En donde quiera están ellos,
Y todo lo ven é indagan.

Ahora oyen que *la urna*
Va á llegar, y se preparan
A ver qué es eso, que ofrece
Ser lo de más importancia.

En el corredor se apostan,
Las manos atrás cruzadas,
La vista al zaguán, atentos
A todo bulto que pasa.

A todo ruido que suena,
Los ojos á un tiempo alzan—
Por fin, á cuestas de un hombre
Entra lo que tanto aguardan.

Y es de verse su alegría,
Sus brinquillos y palmadas,
Y cómo la rica urna
Los fascina y arrebata.

En festivo cuchicheo
Sus impresiones se cambian,
Y se van detrás, gozosos,
Hasta la mortuoria estancia;

Y mientras á su último lecho
A su hermanita trasladan,
Manoséanlo ellos todo,
Raso, cordones y chapas.

Ya en su urnita, aún descubierta,
Está el ángel en la sala;
Y ellos parecen que sienten
Su curiosidad saciada.

Pues se van. Uno tan sólo,
Niña que apena en seis anda,
Se queda allí, cabilosa,
Con aires de despechada.

Eso que juzga un presente
Para obsequiar á su hermana,
Ha lastimado su orgullo,
La hace verse postergada.

Se acerca; y en voz de enojo
Que aun en su gesto se marca,
Al inanimado ángel
Le dirige la palabra:

¡Si, te han hecho un gran regalo.....!
A mí me dejan sin nada,
Y á tí te ponen lo mismo
Que una muñeca en su caja.

Tú serás la más bonita,
Que á tí sola te regalan....!
Por eso piensas que todo
Te lo mereces.....¡ Tan mala !

Va á pellizcarla en el brazo,
Y al mismo tocarla salta,
Cual si se hubiese sentido
De una víbora picada.

Scpárase lentamente
Retrocediendo de espaldas,
Hasta entrar, como en un nicho,
En un rincón de la sala.

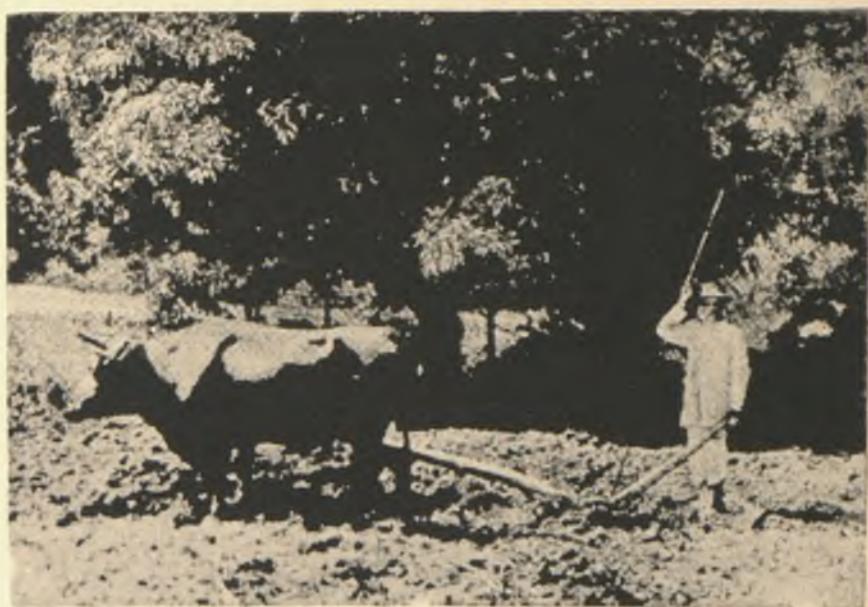
Desde allí, llena de asombro,
Ya miraba hacia su hermana,
Ya á las puntas de sus dedos
Del tenaz hielo abrasadas.

Pero tal vez entre tanto
Que en su estupor se abismaba,
Algo del hondo misterio
Dijo aquél frío á su alma;

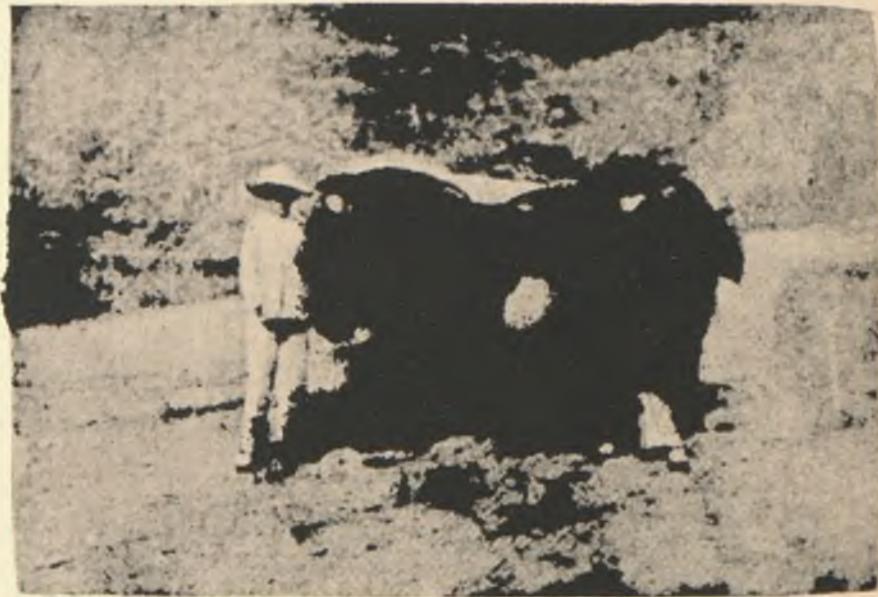
Pués dobló luego la frente,
Presa de impresión extraña,
Y de sus lánguidos ojos
Se desprendieron dos lágrimas.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Caracas: 16 de julio de 1892.



EL ARADO ROMANO



CARBONEROS

DILETTANTISMO

(DE UN LIBRO INÉDITO)

II

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde, Anita y Aracil paseaban solos por la avenida del Parque que conducía á la oficina del telégrafo. Anita y su madre habían ido á hacer trasmisión un telegrama á Caracas, diciendo que las esperasen allí.

Dígame usted ahora que estamos solos: ¿los versos de anoche fueron improvisados? No mienta, que pelearíamos de veras.

Aracil reflexionó un momento.

—No tengo interés alguno en mentir. Versos improvisados, si por inspiración se entiende hablar sin que medie ningún trabajo intelectual entre el

instante de concebir la idea y el instante de darle forma definitiva: meditados . . . tronpo enrollado . . . si la concepción y la expresión no fueran obras simultáneas ó inmediatamente sucesivas.

Explíquese usted. ¿Cuándo se convencerá usted de que yo no soy filósofa?

—No es necesario serlo, espiritual amiga, para comprender cosa tan sencilla. El delicioso paseo de ayer tarde por la orilla del mar, donde no se distinguía una sola vela, me sentí solo . . . sí, solo y triste.

—Solo entre todas nosotras! Muchas gracias.

—No es eso. No lo extraña usted. Si en realidad no estaba solo, fué mi alma quien se sintió sola y triste. Soledad imaginaria tristeza de poeta. Y en la comida, mientras usted y sus amigas me daban bromas diciéndome que los recuerdos de Caracas me habían vuelto mudo, yo componía mis versos.....

versos bien pobres de que no volveré á acordarme.

Poverti versi miei gettati al vento . . .

—Pues tendrá usted que acordarse, y escribirlos para mí.

—Con una condición, entonces: que sean para usted sola.

Angelina miró á Aracil de un modo escrutador, y una sonrisa imperceptible contrajo sus labios. . . . ¿sería posible? . . .

Continuaron paseando en silencio, por dos ó tres minutos. Ambos parecían nerviosos. Angelina daba golpecitos impacientes en el suelo con la punta de su sombrilla. Aracil miraba distraído hacia el mar.

Hacía un calor sofocante. La noche anterior habían bailado mucho y dormido muy poco. Aracil se sentía cansadísimo, y al propio tiempo deseoso de hablar de cosas tiernas ó comivedoras. Siempre le sucedía lo mismo. Después de una noche de insomnio tenía mayor facilidad para idear fantasías sentimentales. El baile, sobre todo, le sobreexcitaba fuertemente: y á menudo tal sobreexcitación le ocurría chascos risibles: se dejaba dominar por un sentimentalismo exaltado y hacía creer á sus amigas que su corazón sufría de esperanza y de amor. . . . ¿Habrá dicho algo comprometedor á Angelina, en el baile? ¿Alguna frase que pudiera ella interpretar en sentido pasional? . . . "No sería extraño—pensaba—Ella también está nerviosa. Impudente! Si yo no amo á nadie . . . ni amo nunca á nadie! . . . " Y le dió un salto el corazón, como al contacto de un recuerdo de un antiguo recuerdo doloroso. . . .

—Quiere usted sentarse un momento, Aracil?—le preguntó Angelina—Estoy muy cansada. Esperaremos en ese banco á mamá.

Se encontraban en aquel instante á la orilla del río, á una de las extremidades del Parque. Desde el banco en que se sentaron veían á la derecha la estación del ferrocarril: á la izquierda, la oficina del telégrafo, y en frente, después del río, á lo lejos, las montañas.

Una pobre mujer lavaba en la orilla opuesta del río: una mujer muy flaca, negra y vieja. En su afán de enjabonar la ropa y golpearla contra una piedra, los cabelllos se le caían sobre la cara sudorosa.

—Pobre mujer!—exclamó Aracil—Parece increíble que pueda resistir tal tarea en tal clima.

Angelina le miró sorprendida.

—Cómo! Usted es capaz de sentir compasión?

Aracil le miró más sorprendido.

—Qué idea tiene usted de mí, Angelina!

—La que todo el mundo tiene. ¿Por qué lo extraña? Usted no cree en nada, ni en Dios, ni en el alma. Lo único que usted cree es que somos hijos de monos.

Aracil vaciló entre reírse ó mostrar aún mayor sorpresa.

—Vamos, usted también! ¿Pero qué tiene que ver todo eso con la compasión? ¡Piensa usted que yo no tengo nervios, y corazón, y cerebro, y alma como todo el mundo! En el fondo la vida es idéntica para todos: un viaje al través del dolor en compañía de la esperanza. . . . La única diferencia esencial consiste en que el viaje se prolonga más allá de la muerte y para los otros todo termina, dolor y esperanza se acaban en el hueco del sepulcro.

—Bueno; pero si todo se acaba aquí ¿para qué prolongar la vida? para qué vivir?

Aracil contestó en seguida:

—Cuántas veces no me habré hecho yo la misma pregunta! ¿Para qué prolongar la vida si todos nuestros proyectos, nuestras esperanzas, nuestras pasiones, nuestra alma, están á la merced de cualquier acontecimiento imprevisto que, en un instante, sin prepararnos, sin advertirnos, nos arroja en la muerte? Y cuántas veces, en horas de desaliento, cuando el cansancio ó la desconfianza en el porvenir me impide trabajar, no me he contestado á mí mismo que mejor sería cerrar los libros, romper la pluma y . . . no se asuste usted . . . romperme el cráneo! Pero un momento después, la aurora de una idea que empieza á iluminar el cerebro, la brusca sensación que comuove los nervios, un proyecto cualquiera, el agujón de cualquier curiosidad repentina vuelven á poner en movimiento las ruedas de la máquina orgánica y á darle fuerzas, para volar, al abatido espíritu. ¿Sabe usted en qué circunstancias concibo yo y me explico el suicidio? Cuando el hombre, á fuerza de satisfacer sus deseos ó á fuerza de sufrir desengaños, es ya incapaz de sentir la más ligera curiosidad. De modo que el suicidio puede ser, por idéntica razón, el desenlace natural de una vida feliz ó de una vida desgraciada.

—Cree usted entonces, al menos, en la posibilidad de una vida feliz?

—Va usted demasiado lejos. No he insinuado tal

cosa. Yo creo que, en ciertas circunstancias, un alma puede considerarse como feliz; pero no que lo sea en realidad. La felicidad es la satisfacción de un deseo; pero la satisfacción á su vez no es más que el principio de la saciedad ó del fastidio. Y si en el instante en que el fastidio y la saciedad son completos, ninguna otra curiosidad, ningún otro deseo es capaz de interesarnos, la felicidad no existe ya y la única perspectiva posible es la de la muerte.

—Paradojas! Ha sido usted feliz alguna vez?

—Alguna vez? Muchísimas! Casi una vez por día. Yo adoro la vida de estudiante porque quizás no hay otra más llena de curiosidades. Cada vez que aprendemos algo un rayo de sol penetra en el cerebro; cada nuevo libro que abrimos es fuente de sorpresas; cada año que termina marca un triunfo ó un fracaso . . . dos cosas equivalentes en un sentido, porque el triunfo hace nacer la ambición de lograr otro mayor y el fracaso es fuerte agujón para tomar la revancha.

—Usted juega con las palabras.

—O con los hechos, ó . . .

—No discutamos. Yo saco en claro que para usted son lo mismo la satisfacción del amor propio y la realización de una esperanza generosa y noble.

—El resultado es exactamente igual: la única diferencia que existe está en los motivos de la acción. Además de que, realizar un proyecto altruístico, como dicen los filósofos, es al mismo tiempo satisfacer el amor propio. La vida sería imposible sin el egoísmo . . .

—Y usted no teme decirle eso á una mujer! Olvida usted que en nuestra alma hay más sentimientos que ideas, y que entre todos los sentimientos la mujer escoge siempre los que revelan generosidad y sacrificio, los sentimientos . . . altruísticos, como tan feamente dicen los filósofos á quienes usted lee.

—Usted olvida á su vez, Angelina, que usted no se parece á las demás mujeres, y que usted no es capaz de despreciarme por el solo hecho de ser sincero.

—Acepto el elogio, pero no la teoría. Permitáme dudar de su sinceridad. ¿Confundirá usted también el egoísmo y el amor?

—Dos nombres de una misma cosa . . . No me contradiga; he aquí la pruebla. Yo la admiro á usted por las gracias de su ingenio, y la amo por la bondad de su corazón. Admirándola soy egoísta, porque mi admiración nace del orgullo de comprenderla; y amándola seré egoísta, porque el amor nacerá del orgullo de haber sido digno de una mujer así . . .

Angelina permaneció pensativa. Aracil se puso á golpear la yerba con el bastón.

Evidentemente la caprichosa conversación les había llevado á pensar en una misma cosa, ó en una misma posibilidad . . . Por qué no? Todo contribuyó á acercarlos: la edad, la posición social, cierta analogía en la manera de comprender la vida, las recíprocas simpatías de sus inteligencias . . . Angelina sabía resistir á los entusiasmos irreflexivos. Tántas veces había oido juramentos de amor, promesas de adoración eterna, sin aceptar aquellos ni creer en éstas! . . . ¿Quizá Aracil, á pesar de su dilettantismo escéptico, se sentía á veces conmovido por la tiránica aspiración á un amor nuevo, á un amor que llenase en su alma el vacío que había dejado la desaparición de la fe y alternase en su cerebro con el perpetuo combate de las ideas abstractas? . . .

Si Angelina hubiera podido observar á su amigo, habría descubierto en sus ojos la expresión de una ternura involuntaria que procuraba disolver ó velar la expresión de una timidez infantil. Si Aracil se hubiera fijado en el rostro de su amiga, habría visto que sus mejillas se enrojecían, como las de una niña que teme revelar un secreto íntimo, y sus labios se contraían con violencia, como los de una mujer que fluctúa entre la confesión y la mentira.

Ambos dejaban que sus dos almas soñasesen, prieses, volasen, se fuesen muy lejos, quizás con la esperanza inconsciente de que un capricho, un pretexto cualquiera las juntase y empujase insensiblemente hacia las intimidades de la confidencia; . . . sin darse cuenta de los peligros de tal abandono. Indudablemente Aracil no pensaba que su dilettantismo filosófico, acostumbrado á formar arabescos intelectuales con todo género de ideas y toda especie de sentimientos, podía parecerle á un espíritu curioso como el de su amiga, simple esfuerzo de literato para ocultar á medias un sufrimiento muy hondo, una aspiración quejumbrosa hacia los posibles consuelos de un amor por largo tiempo deseado y esperado. Y Angelina no pensaba, sin duda, que á medida que su curiosidad aumentaba, interesándose en la vida intelectual de su amigo, su corazón caía incautamente en las redes de la simpatía, primera manifestación involuntaria de un sentimiento más íntimo . . .

¡Por qué no podemos prever casi nunca la influencia decisiva que tienen á menudo en nuestra vida, ó en la vida de los demás, las cosas más insignificantes: el tono irreflexivamente afectuoso de una frase vulgar, el resplandor de la mirada donde parece brillar un deseo ó una súplica? Los apasionados creen que estas circunstancias marcan el instante designado por la providencia, por el destino ó por la fatalidad para que dos almas se encuentren y se comprendan. Los que no están aún poseídos por el amor ni creen en la predestinación deben sufrir horriblemente cuando se convencen de que, por ligereza, aturdimiento ó poca generosidad, han sido causa, siquiera inconsciente, de que en otra alma nazca la esperanza y se prepare el desengaño. A haber tenido tiempo para ello, Aracil habría reflexionado tal vez sobre este delicado problema moral. Probablemente su imaginación se complacía en algún sentimentalismo poético cuando Anita y su madre llegaron á interrumpir el silencio en que él y Angelina habían permanecido.

Aracil las acompañó hasta la salida del Parque, y allí se despidió para irse al Hotel.

Después de comer, cuando no había sarao en el Casino, la vida mundana de Macuto se concentraba en la playa.

Fuera del baile y de algunos paseos matinales, el placer favorito de los bañistas consistía en dar rienda suelta á la imaginación en alegres y espirituales conversaciones á la orilla del mar.

Una de las tertulias más animadas era la del *Uvero*, que tomaba su nombre del de un árbol plantado en el centro del paseo.

Aracil reconoció, al pasar, voces amigas y se detuvo. Terminaba en aquel momento un juego de prendas, cuyo mayor interés consistía en las *penitencias*. Anita acababa de pagar la suya cantando sin acompañamiento una canción caraqueña.

Al ver á Aracil le dijo:

—El que llega tarde paga sin jugar.

—Sí, sí, una *penitencia* al señor Aracil—agregó una señora anciana.

—Me someto sin chistar. Ustedes dirán.

—Que baile solo.

—Que haga una declaración de amor.

—No, que diga versos.

—Sí, sí, que diga versos.

—Pero, señoras, yo no tengo la fecundidad de Núñez de Cáceres. Anoche versos.

—Y esta noche también. No le cuestan nada.

Fue preciso resignarse; y Aracil empezó á recitar una larga fantasía poética, llena de frases raras, refinamientos sentimentales y vaguedades filosóficas.

A la tercera estrofa comprendió que su fantasía no gustaba al auditorio femenino. Notó que algunas señoras le miraban con inquietud y que algunas señoritas se reían y hablaban al oído del vecino. No se turbó, sin embargo. ¿Qué le importaba, al fin y al cabo, un pequeño fiasco? Continuó recitando como si lo hiciese para sí solo.

Bajo la forma cuidadosamente artística de sus versos se ocultaba á medias un pensamiento inquieto, preocupado de armonizar la nota de tormentos íntimos con la nota de una ironía casi brutal. Para apreciar la música de sus versos era preciso hacer esfuerzos de dilettante, descubriendo en la elección de las palabras y en la disposición de las imágenes el paciente trabajo del *virtuoso*; y para disculpar la ironía de la idea se necesitaba sospechar siquiera el combate secreto entre la ingénita bondad del corazón y los deliberados atrevimientos del espíritu.

El recitado causó una impresión de antipatía en algunos y de extrañeza repulsiva en otros: antipatía en los que no comprendieron y repulsión en los que comprendieron mal. Cuando Aracil terminó muy pocos aplaudieron; y estos pocos aplaudieron por simple cortesía. Decididamente, un fiasco.

Sólo Angelina, á cuyo lado fué á sentarse Aracil, tenía los ojos húmedos y miró al poeta con amable ternura. Ella había comprendido, y Aracil se convenció profundamente. Su alma no estaba sola. Otra alma sentía de un modo análogo. La sonrisa irónica que habitualmente contraía sus labios se convirtió de pronto en sonrisa afectuosa. El amor profundo y la gratitud se abrazaron en su corazón.

—Muy bien!—le dijo Angelina, con voz apagada.

JOSÉ GIL FORTOUL.



SANTA CRUZ DE TENERIFE — CASTILLO DE SAN PEDRO

EL HIMNO DE LOS LIBRES

[DEL LIBRO DE AUTOGRAFOS ZULIANOS]

I

Cuando sangre de bravos hiere en las venas,
Los pueblos con su aliento funden cadenas;
De tiranos no temen el torpe encrojo:
Y al derecho y las leyes erigen trono;
Tiemblan en su presencia los opresores,
Los que llevan en sangre tintas las manos;
Y al clamor las montañas—¡no más señores!
Responderán los valles—¡temblad tiranos!

II

Los que abrigan falaces fines protervos,
Foruan en toro suyo greyes de siervos
Que amedrentan al débil con sus rugidos
Para oprobrio y escarnio de los vencedores;
Mas ¡ay! si estos se truecan en vencedores,
Y el pendón de los libres alzan ufanos,
Para clamar doquier—¡no más señores!
Y que el pueblo responda—¡temblad tiranos!

III

¡Ay del que olvide entonces que el pueblo es libre
Y contra el pueblo alto su cetro vibre!
Tornarán leones las mansas greyes,
Hundirán en el polvo Czars y Reyes,
Y los aires llenando con sus clamores,
Levantarán las turbas sangrientas manos;
Y al iracundo grito—¡no más señores!
Responderán los pueblos—¡temblad tiranos!

IV

Las que ayer eran viles turbas de esclavos,
Innúmeras legiones son hoy de bravos
Que derechos reclaman con alto acento
Y del antro emancipan el pensamiento.
Vibra la ciencia rayos deslumbradores,
Y perfora montañas y une oceanos:
¡Temblad los que os alzasteis como señores,
Los verdugos del pueblo, temblad tiranos!

V

Vérgase el hombre digno libre de yugos,
Y con cetro y cadenas, horca y verdugos,
Cegaremos el fondo y hambriento abismo
Al formidable embate del heroísmo.
Marchemos! ya resuenan los atamones,
Y ante el Dios de Justicia, todos hermanos,
Sólo los pueblos libres serán señores,
Sin verdugos, sin siervos, y sin tiranos!

DIEGO JEGO RAMÍREZ.

CUENTOS RUSOS

MARIA MOREWNA

En un reino que no se dice dónde estaba situado, había un príncipe llamado Iván que tenía tres hijas, llamadas la primera María, la segunda Olga,

y la tercera Ana. Antes de partir sus padres de este mundo, llamaron á su hijo Iván y le dijeron:

—Darás tus hermanas en matrimonio á los primeros pretendientes que las soliciten, sin tratar de retenerlas siempre á tu lado.

Muertos ya sus padres, Iván dispuso su entierro y funerales, y luego, para distraerse algún tanto, fué á pasear con sus hermanas por el jardín. De pronto apareció una inmensa nube negra que entoldó completamente el cielo, y estalló una tempestad horrorosa.

—Volvámonos á casa, hermanas, —dijo Iván.

Apenas hubieron entrado en el palacio, cuando retumbó un espantoso trueno, abriose el techo del aposento donde se hallaban las princesas, y penetró volando en él un brillante halcón, que al posarse en el suelo se convirtió en un apuesto príncipe y dijo:

—¡Héme aquí, príncipe Iván! —Otro día vine á visitaros como huésped, pero hoy vengo como pretendiente á pediros la mano de María, vuestra hermana mayor.

—Si ella os acepta, —respondió Iván, —no me opongo á vuestros deseos. Casaos en buen hora.

La princesa María consintió, en efecto, en otorgar su mano yunióse con el halcón, que se la llevó inmediatamente á su reino.

Yendo y viiniendo meses, trascurrió desde entonces un año. Un día fueron el príncipe Iván y



CAÑON «TIGRE» DEL CASTILLO DE SAN PEDRO EN SANTA CRUZ DE TENERIFE
CUYA BALA HIRIÓ Á NELSON

sus dos hermanas solteras á pasear por el jardín, y, como la otra vez, estalló de súbito una fragorosa tormenta.

—Volvamos á casa, hermanas,—repitió el príncipe.

No bien se encontraron en su palacio, cuando al fragor de un gran trueno se abrió el techo, iluminóse la habitación con pavorosos fulgores, y entró en ella un águila que, al tocar el suelo, se transformó en un gallardo mancebo, exclamando :

—Aquí estoy, príncipe Iván. En otro tiempo fuí tu huésped, mas ahora vengo á pedirte la mano de la princesa Olga.

—Si ella os la quiere otorgar,—repuso el príncipe,—no he de ser yo quien se oponga á vuestros deseos.

Accedió también la princesa Olga y unióse con el águila, que se la llevó á sus estados.

Trascurrió tras esto otro año, pasado el cual dijo un día el príncipe á su hermana menor :

—Vamos á dar un paseo por el jardín.

No hacia mucho rato que en él se hallaban, cuando de improviso se oscureció el aire y sobre vino una gran borrasca de agua y viento.

—Volvamos á casa,—hubo de repetir el príncipe.

En cuanto hubieron entrado en el palacio, oyóse un trueno, abrióse el techo y entró volando un cuervo, que al tocar el pavimento se transformó en un bizarro doncel, más hermoso aún que los anteriores.

—Príncipe Iván,—dijo ;—no vengo hoy como huésped, sino á pediros la mano de la princesa Ana.

—Como ella os la dé,—respondió el príncipe, —contad que nadie os la ha de negar.

Y la princesa Ana se unió con el cuervo, que se la llevó á sus dominios.

Con esto quedó el príncipe Iván enteramente solo, pasando un año entero sin ver á sus hermanas. Pero un día se le ocurrió ir á visitarlas, y, hechos los preparativos de viaje, montó á caballo y púsose en camino. Después de haber recorrido una grande extensión de terreno, encontróse un día en una llanura cubierta de cadáveres, y, horrorizado de ver tan triste espectáculo, exclamó :

—¿Quién puede haber exterminado á tan numeroso ejército?

Un herido que yacía tendido con los muertos se incorporó y dijo :

—Todos esos han sido muertos por la hermosa princesa María Morewna.

Iván continuó la marcha hasta llegar ante una blanca tienda, de la cual salió á recibirle su propia hermana.

—Detente, príncipe,—le dijo ésta.—¿A dónde te conduce Dios ? ¿Vienes por tu gusto ó contra tu voluntad ?

—Vengo por mi gusto,—respondió el príncipe.

—Está bien,—repuso ella ;—si no llevas prisa, entra á descansar en mi tienda.

Tanto agradó á Iván el ofrecimiento, que pasó

en la tienda dos noches ; y notando que gustaba mucho á María Morewna, casóse con ella, acompañándola luego á sus estados.

Allí pasaron algún tiempo juntos, hasta que María se empeñó en ir á una guerra. Antes de partir confió todos sus negocios á Iván, diciéndole al despedirse de él :

—Ve á donde te acomode, pero no entres jamás en ese aposento.

Así diciendo, señalaba una puerta que el príncipe había visto constantemente cerrada. Como esta circunstancia picaba su curiosidad, no bien hubo partido su hermana, fué á abrir el misterioso aposento, admirándose en extremo de ver allí atado con doce cadenas á Koshchei el Inmortal que le dijo con triste acento :

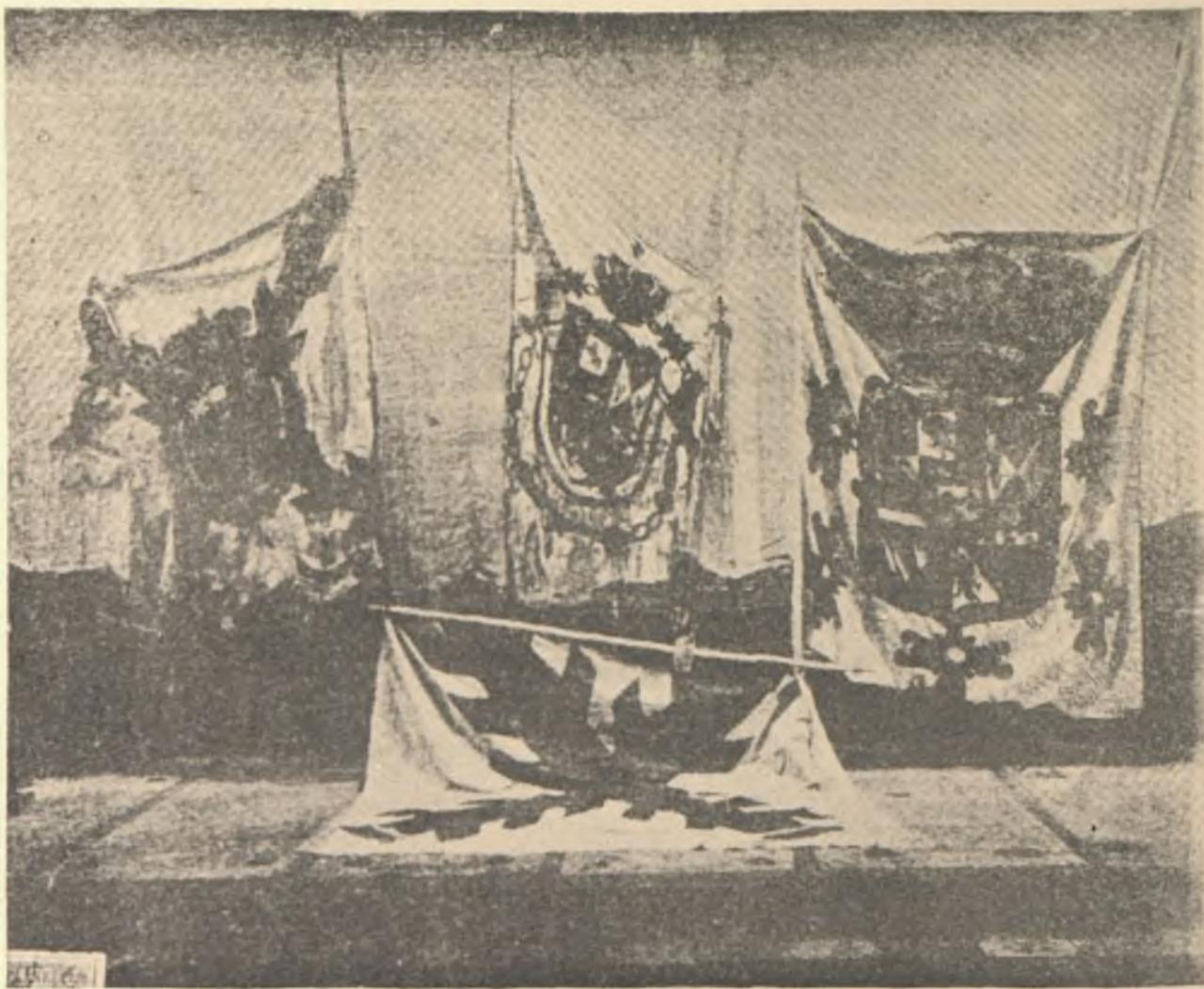
—¡Ten lástima de mí : dame de beber ! ; Hace diez días que estoy sufriendo el martirio de la sed y del hambre y tengo la garganta seca !

Compadecido el príncipe, dióle una jarra de agua. Koshchei la apuró de un trago y pidió más, diciendo :

—Una jarra no basta para apagar la sed que me devora : dame otra.

Iván se la dió, y otra después á sus ruedos. Cuando el monstruo hubo apurado las tres jarras, recobró todas sus fuerzas y rompió las cadenas que le sujetaban, exclamando :

—Gracias, príncipe Iván. Ahora yo te abono que antes has de ver tus propias orejas que á María Morewna.



LAS CUATRO BANDERAS DE LOS REGIMIENTOS DE LAS MILICIAS DE CANARIAS
QUE RECHAZARON A NELSON EN 1797

Dicho esto, salió por la ventana en forma de huacán, y, encontrando en su camino á la hermosa María, la arrebató por los aires, llevándola consigo. El príncipe se echó á llorar amargamente, deplorando su acción, y dijo para sí :

—Sucedá lo que quiera, he de ir en busca de María.

Dos días llevaba ya de camino, cuando al despuntar el tercero vió Iván un magnífico palacio, al lado del cual se elevaba un corpulento roble, en cuya copa vió un halcón de brillante plumaje, que al divisar á Iván bajó volando al suelo, convirtiéndose en un hermoso mancebo.

—¡Hola, cuñado! —le dijo.—¡Cómo te ve los asuntos?

En aquel mismo instante salió la princesa María, dando muy cariñosamente la bienvenida á su hermano. Este permaneció tres días con ellos, diciéndoles después :

—No puedo quedarme ya más tiempo con vosotros, porque he de ir en busca de mi esposa la princesa María.

—Se me hace bastante difícil que puedas econtrarla, —respondió el halcón; —pero si tienes empeño en ello, parte y déjanos como recuerdo tu cuchara de plata.

Diósela el príncipe sin hacerse de rogar, y volvió á emprender la marcha. Al despuntar el alba al tercer día, divisó un palacio más grandioso aún que el anterior y cerca del cual se alzaba un roble, en cuya copa descansaba un águila. En cuanto vió al príncipe, bajó del árbol, y, trasformándose en un guapo mozo, dijo :

—Levántate, princesa Olga, que aquí viene nuestro querido hermano.

Acudió presurosa la princesa, abrazando á su hermano con mucho afecto. Tres días estuvo Iván en su palacio, y, una vez transcurridos, les dijo :

—He de partir en busca de mi esposa la princesa María.

—Difícil te será encontrarla, —repuso el águila; —pero si de todas suertesquieres irte, déjanos como recuerdo tu tenedor de plata.

Iván dejó el tenedor y continuó su marcha por espacio de dos días. Al despuntar el tercero, vió otro palacio más grandioso, aún que los anteriores, y junto á él un roble en cuya copa reposaba un cuervo. Al ver á Iván precipitóse el ave al suelo, convirtiéndose en un gallardo jóven, y dijo :

—Princesa Ana, ven corriendo, que está aquí nuestro hermano.

La princesa recibió á Iván con vivos trasportes de gozo, abrazándole y besándole con gran cariño.

Cuando hubo permanecido tres días en este palacio, despidióse Iván de Ana y de su marido, diciéndoles que debía partir en busca de su esposa la princesa María Morewna.

—Difícil será que la encuentres, —replicó el cuervo; —pero si estás resuelto déjanos tu tabaqueria de plata como recuerdo.

Dejó el príncipe su tabaqueria y prosigió el viaje. Al tercer día llegó al lugar donde estaba María Morewna, la cual al verle le estrechó en sus brazos y, prorrumpiendo en sollozos, exclamó :

—¡Oh, Iván! ¡Por qué me desobedeciste, en-

trando en aquel aposento y permitiendo que se escapase Koshchei el Inmortal?

—Perdóname y olvida mi desobediencia, María, —repidió el príncipe.

—Huyamos mientras él no puede vernos, y quizás de este modo no pueda ya alcanzarnos.

Accedió María y huyeron entrabmos, en tanto que Koshchei estaba cazando. A la caída de la tarde regresaba de la caza, cuando su buen caballo tropezó de repente.

—¡Por qué tropiezas, mal rocín? —gritó Koshchei. —¡Olfateas por ventura algo malo?

—Sí, —contestó el corcel; —el príncipe Iván ha venido y se ha llevado á María Morewna.

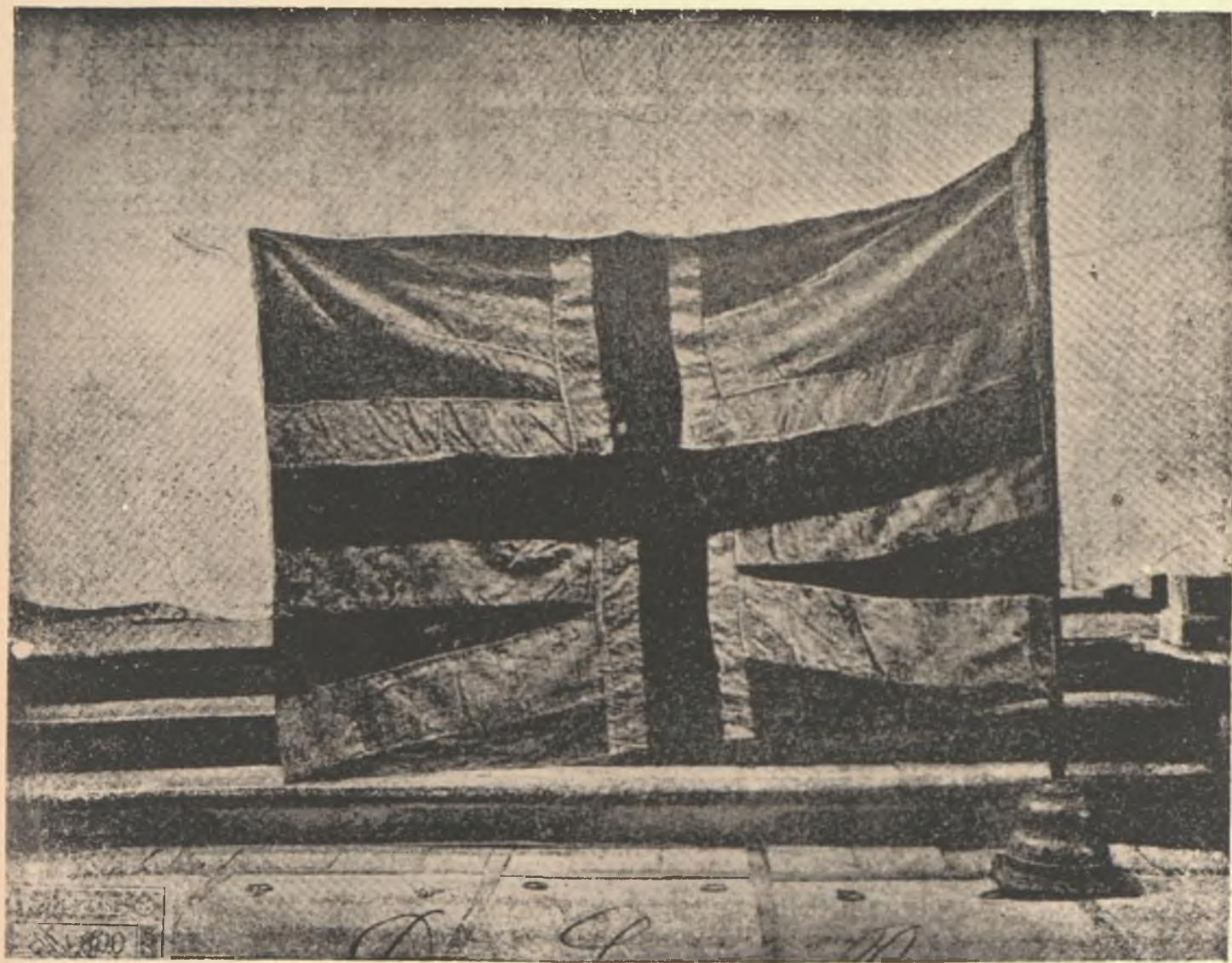
—¿Será posible cogerlos?

—Se puede sembrar trigo, esperar á que crezca, segarla, molerla para convertirla en harina, hacer cinco tortas y comérselas; después de lo cual aun quedará tiempo de alcanzarlos si emprendemos su persecución.

Koshchei puso su caballo al galope, y muy pronto alcanzó al príncipe Iván.

—Por esta vez, —le dijo, —te perdonaré en recompensa de habérme dado de beber cuando te pedí agua, y también quiero perdonarte una segunda vez; pero si reincides la tercera, ¡ay de tí! porque te despedazará.

Así diciendo, apoderóse de María Morewna y se la llevó, mientras que Iván, sentándose en una piedra, se echó á llorar con gran desesperación; pero al cabo de algún tiempo marchó otra vez en busca de María, encontrándola en su palacio



BANDERA «EMERALD» TOMADA Á NELSON EN SANTA CRUZ DE TENERIFE EN 1797

precisamente cuando Koshchei el Inmortal había salido.

— Huyamos! —dijo á María.

— ¡Ah, Iván! —repuso la princesa.— ¡Mira que nos alcanzará!

— Aunque así sea, —repuso Iván,— siempre habremos pasado una ó dos horas juntos.

Un momento después huían juntos.

Cuando Koshchei el Inmortal regresaba, su buen caballo tropezó.

— Por qué tropiezas, mal rocin? —le dijo.— ¡Olsateas algo malo?

— Sí: el príncipe Iván ha venido y se ha llevado á María Morewna.

— ¡Es posible alcanzarlos?

— Se puede sembrar cebada, esperar á que crezca, cortarla, molerla, hacer cerveza, beber hasta la saciedad, dormir después, y aún así tener tiempo suficiente para perseguir y alcanzar á los fugitivos.

Koshchei partió al galope de su caballo y muy pronto alcanzó á Iván.

— Yo te dije, —exclamó,— que antes te verías las orejas que á María Morewna.

Y, apoderándose de ella, volvió á llevársela.

Iván, al verse sólo, lloró mucho; más al fin resolvió ir otra vez en busca de María, á cuyo palacio llegó cuando Koshchei no estaba.

— Huyamos! —dijo á María.

— ¡Ah, príncipe Iván! Mira que nos cogerán, y piensa que si así sucede te hará pedazos.

— ¡Que haga lo que quiera! Yo no puedo vivir sin tí.

Y huyeron.

Cuando Koshchei el Inmortal volvía á su palacio, su buen caballo tropezó.

— Por qué tropiezas? —le dijo.— ¡Olsateas algo malo?

— Sí: el príncipe Iván ha venido y se ha llevado á María Morewna.

Koshchei puso su caballo al galope, dió alcance al príncipe Iván, hizole pedazos, los echó en un barril bien asegurado con aros de hierro, y arrojóle al mar azul. Hecho lo cual condujo á su palacio á María.

Cuando sucedió ésto, los objetos de plata que el príncipe Iván había dejado á sus cuñados se ennegrecieron de pronto.

— ¡Ah! —exclamaron las hermanas de Iván y sus esposos.— Seguro es que le ha ocurrido alguna desgracia.

Entonces el águila voló presurosa al mar azul, cogió el barril y llevólo á la orilla, mientras que el halcón volaba en busca del Agua de la Vida y el cuervo iba á buscar el Agua de la Muerte.

Poco después encontráronse los tres cuñados, abrieron el barril, sacaron los restos del príncipe Iván, laváronlos y los colocaron como debían estar.

Entonces el cuervo los roció con el Agua de la Muerte, con lo cual los pedazos se unieron, quedando el cuerpo entero. El halcón los roció

después con el Agua de la Vida, y el príncipe Iván se puso en pie exclamando:

— ¡Ah! ¡Cuánto tiempo he dormido!

— Más hubiera durado tu sueño si no fuese por nosotros, —contestaron sus cuñados.— Ahora deseamos que nos hagas una visita.

— No, —contestó Iván; —quiero ir otra vez en busca de María Morewna.

Hizolo así, y cuando la hubo encontrado le dijo:

— Procura averiguar, preguntándolo á Koshchei, como puede obtener tan buen caballo.

Maria Morewna eligió un momento favorable e hizo la pregunta á Koshchei, quien le contestó:

— Más allá de tres veces nueve tierras, en el reino décimo tercero, al otro lado del río de las llamas, vive una Baba-Yaga [bruja], que tiene una yegua prodigiosa, tanto, que da la vuelta al mundo todos los días; y además posee otras magníficas. Yo guardé sus yeguadas durante tres días, sin que se perdiese ni una bestia, y en recompensa de mi celo la Baba-Yaga me regaló un potro.

— Pero ¿cómo pasaste á través del río de las llamas?

— Para esto tengo un pañuelo como el que ves. Cuando lo agito tres veces con la mano derecha, surge de pronto un altísimo puente, y el fuego no me puede alcanzar.

Maria Morewna escuchó atentamente todo esto, y repitióselo al príncipe Iván en cuanto le

vió, entregándole después el pañuelo que pudo sustraer á Koshchei. Gracias á esto, Iván pudo atravesar el río de las llamas y comenzó á buscar á la bruja; pero hubo de pasar mucho tiempo sin comer ni beber. Al fin encontró el nido de una ave que estaba allí con sus hijuelos, y dijo en voz alta:

—Voy á comerme uno.

—No hagas tal, príncipe Iván,—replicó la madre,— pues ya llegará el caso de que pueda sererte útil.

Iván, continuando su marcha, vió una colmena en el bosque.

—Me comeré un pedazo de panal,—dijo.

—No eches á perder mi miel, príncipe Iván,— exclamó la reina de las abejas,— pues día llegará en que te pueda servir.

Iván obedeció, y andando, andando, divisó de pronto una leona con su cachorro y dijo:

—Tengo tanta hambre que me será forzoso aplacarla con la carne de ese cachorro.

—Déjanos en paz, príncipe Iván,—dijo la leona,— que algún día te seré útil á mi vez.

—Bien,—repuso Iván,— quedad en paz.

Hambriento y debilitado, Iván siguió andando, hasta que al fin llegó al punto donde estaba la mansión de la Baba-Yaga, alrededor de la cual veíanse doce postes formando círculo, y en la extremidad de once de ellos una cabeza humana clavada. Sólo el duodécimo estaba libre.

—¿Dónde estás, Baba-Yaga?—gritó Iván.

—Aquí me tienes, príncipe,—contestó la bruja presentándose.—¿Para qué has venido?—¿Obras por tu propia voluntad ó te han obligado á ello?

—Vengo para adquirir un buen caballo.

—Sea como quieras, príncipe. No tendrás que servirme un año, sino tres días solamente, y si cuidas bien mis yeguas yo te daré un soberbio corcel; pero de lo contrario tu cabeza quedará clavada en la extremidad del último poste que ves ahí.

El príncipe Iván se sometió á esta condición, y la Baba-Yaga, después de darle de comer y de beber, dióle orden de ir á desempeñar su cometido; mas, apenas hubieron salido las yeguas al campo, agitaron sus colas y comenzaron á correr en todas direcciones á través de las praderas, perdiéndose de vista antes que el príncipe tuviera tiempo de mirar á su alrededor. Entonces Iván prorrumpió en llanto y sentóse en una piedra; mas cuando el sol iba á ponerse, llegó el ave á cuyos hijuelos había respetado, y dijole:

—Levántate, príncipe Iván, que ya tienes las yeguas en casa.

El príncipe volvió á la mansión de la bruja, que, enfurecida con sus yeguas, les gritaba:

—¿Por qué habéis vuelto?

—¿Qué habíamos de hacer?—contestaban ellas.—Llegaron aves de todas las partes del mundo, y poco ha faltado para que nos sacaran los ojos.

—Bien, bien,—replicó la Baba-Yaga,—mañana, en vez de diseminarnos por las praderas, dispersaos entre la espesura de los bosques.

El príncipe Iván durmió toda la noche, y, al levantarse por la mañana, la Baba-Yaga le dijo:

—¡Alerta, príncipe! Si no tienes mucho cuidado con mis yeguas y llegas á perder una sola, tu cabeza adorará la extremidad de ese poste.

Iván condujo al campo á las yeguas, que, enderezando al punto sus colas, dispersáronse entre las espesuras de los bosques. Y otra vez el príncipe sentóse en una piedra para llorar, y acabó por dormirse. Ya iba á ponerse el sol cuando la leona llegó corriendo y dijo al príncipe:

—Levántate, Iván, que ya tienes reunidas las yeguas.

El príncipe se dirigió á su morada, donde la bruja, más enfurecida que el día antes contra los cuadrúpedos, gritábales:

—¿Por qué habéis vuelto otra vez, infringiendo mis órdenes?

—¿Cómo podíamos evitarlo?—respondieron.—Las fieras de todo el mundo avanzaban contra nosotros para despedazarlos.

—Pues bien: mañana os arrojaréis al mar azul.

El príncipe durmió también esta vez toda la noche, y á la mañana siguiente la Baba-Yaga volvió á decirle:

—Si no vigilas bien mis yeguas y se pierde una sola, ya sabes que tu cabeza coronará ese poste.

Iván hizo salir los cuadrúpedos, y, apenas es-

tuvieron tueras, enderezaron las colas y fueron á precipitarse en el mar azul, en cuyas aguas se sumergieron hasta el cuello. El príncipe, sentándose, como las otras veces, en una piedra, lloró hasta que le hubo vencido el sueño; pero cuando el sol iba á ocultarse en el horizonte, llegó una abeja volando y dijo á Iván:

—Levántate, príncipe, que ya tienes las yeguas juntas; pero cuando llegues á casa aréglate de modo que la Baba-Yaga no pueda fijar en ti la vista. Para esto entra en la cuadra, y, una vez allí, ocúltate detrás del pesebre. Entonces verás un potro que se revuelca en el estiércol: apórate de él y huye de la casa en el silencio de la noche.

Iván cumplió en todas sus partes las instrucciones recibidas. Introdujose en la cuadra y ocultóse detrás del pesebre, mientras que la Baba-Yaga apostrofaba á sus yeguas.

—¿Por qué habéis vuelto?—les decía.

—No hemos podido evitarlo,—respondieron,— porque de todas partes del mundo llegaron innumerables abejas que nos daban furiosas picadas.

La Baba-Yaga se fué á dormir, y en el silencio de la noche el príncipe Iván se apoderó del potro, ensillóle, montó de un salto y se dirigió hacia el río de las llamas. Llegado cerca de la orilla, agitó el pañuelo tres veces con la diestra, y de repente vió surgir del río, como por ensalmo, un magnífico puente de prodigiosa altura. Iván cruzó por allí, y, agitando después el pañuelo sólo dos veces con la mano izquierda, el puente desapareció, quedando en su lugar otro sumamente frágil.

Cuando la Baba-Yaga se levantó á la mañana siguiente, echó de ver al punto la falta del potro, y sin perder momento lanzóse en persecución de Iván, montada en su mortero de hierro y barriendo con una escoba toda señal de sus huellas. Muy pronto llegó al río de las llamas; mas, apenas hubo llegado á la mitad del puente, rompióse éste en dos partes y la Baba-Yaga cayó en el fuego, donde le esperaba una cruelísima muerte.

El príncipe Iván engordó al potro, dejándole pacar en las verdes praderas, de modo que no tardó en convertirse en un maravilloso corcel. Entonces Iván corrió en busca de María Morena, que al verle llegar arrojóse en sus brazos, exclamado:

—¿Por qué medios te ha permitido Dios recobrar la vida?

Iván refirió cuanto le había pasado y invitó á María á seguirle.

Tengo miedo, Iván,—contestó María,— pues si Koshchei nos coge volverá á hacerte pedazos.

—No nos alcanzará, pues ahora tengo un corcel maravilloso que vuela como un pájaro.

Iván y la princesa montaron al punto y el caballo emprendió la marcha.

Poco después Koshchei el Inmortal regresaba á su palacio, cuando de improviso su corcel tropezó.

—¿Por qué tropiezas?—le dijo su amo.—¿Olafateas algún peligro?

—El príncipe Iván ha vuelto y se ha llevado á María Morena.

—¿Podemos alcanzarlos?

—Sólo Dios lo sabe, pues el príncipe Iván tiene un caballo mejor que yo.

—Pues no puedo consentir que esto quede así,—dijo Koshchei el Inmortal,—quiero perseguirlos.

Al cabo de algún tiempo Koshchei alcanzó al príncipe Iván, apeóse al punto, y ya iba á despedazarle con su cortante espada, cuando en el mismo instante el caballo del príncipe descargó tan furioso par de coches en la frente del perseguidor, que le destrozó el cráneo, mientras que Iván remataba á su enemigo con un golpe de su maza. Hecho esto, Iván formó un montón de leña, como una especie de pira, y quemó á Koshchei el Inmortal, aventando después sus cenizas. Entonces María Morena montó el caballo de Koshchei, é Iván en el suyo propio, y fueron á visitar al Cuervo, al Aguila y al brillante Halcón, siendo recibidos por todos con extremado regocijo.

—Ah, príncipe!—le dijeron.—No esperábamos volver á verte; pero bien merece María Morena que por ella te hayas expuesto, pues aunque recorrieras todo el mundo no encontrarías otra semejante.

Hubo fiestas y regocijos, y después Iván y María volvieron á su reino.

BIBLIOGRAFIA

Nuestro respetado amigo el señor General Jacinto Regino Pachano, nos ha enviado para ser publicada en *El Cojo Ilustrado*, una carta de congratulación dirigida al señor Dr. Aristides Rojas, con motivo de haberle este amigo dedicado su estudio titulado: "El Regidor Juan Martínez de Ampíes," que figura en el N° 2.

Accedemos con gusto, y va en seguida:

Caracas: 31 de octubre de 1892.

Señor doctor don Aristides Rojas.

Mi querido doctor y amigo y maestro.

Recibo ahora su apreciable tarjeta que me apresuro á contestar.

He leído su interesante estudio, y doy á usted las más expresivas gracias por haberme tenido en memoria para dedicármelo.

La sorpresa no ha podido ser más agradable, como que debo ver en su amistosa dedicatoria un testimonio de su afecto, tan digno de mi estimación, al propio tiempo que una honra para mi nombre, tan digna de mi reconocimiento.

No soy yo, nō, del número de los que puedan juzgar pueril el esclarecimiento de un nombre como el del Regidor de la Española, con tanto derecho á vivir en la posteridad, y en la historia, en toda la integridad de su origen; y por ello estimo como obra de buen patriota e historiador de conciencia, el laborioso trabajo de usted en la inquisición del verdadero nombre de aquel célebre personaje, fundador de la primera ciudad occidental de Venezuela, don Juan Martínez de Ampíes, notoriamente concebido por las relaciones de nuestros historiadores con el nombre de Ampíes, de tal suerte que para mí constituye una verdadera novedad la ilustrada afirmación de usted, en mi sentir suficientemente comprobada en el laborioso estudio á que ha dedicado usted toda su atención, yéndose á los orígenes de la por mil títulos interesante vida de aquel varón ilustre, que supo por su noble conducta compartir con fray Bartolomé de las Casas el orgullo de su raza y el carácter hidalgó de su nación.

Hijo de Coro y honrado por el ya célebre historiógrafo venezolano con la generosa dedicatoria de su lucubración histórica, no puedo menos que aplaudir la noble labor del que tan asiduo empeño pone en hacer luz en el oscuro campo de la historia patria y en depurar ésta, con la crónica de los hechos á la vista, de las impurezas de que pueda adolecer.

Desearía poner punto aquí; pero me expondría á que echase usted de menos algo que quedaría pendiente con motivo de la excitación que usted me hace, con muy buena voluntad sin duda, á escribir un estudio acerca de los orígenes de mi país natal, obra para mí difícil, como que requiere tiempo, consagración, aptitud y disposición de ánimo para entrar en ese terreno, escudriñar, como lo sabe hacer usted, el polvoriento archivo de nuestras tradiciones y sacar de él, como de lo profundo del mar la codiciada perla, el precioso dato. Mi salud, quebrantada hoy, que no es el mejor estado del espíritu para faena de suyo ardua y penosa; las atenciones de asuntos que absorben las horas de que pudiera disponer, y la falta de confianza para laborar en aquel campo, me impiden, con suma pena, porque desearía complacer á usted, contraer un compromiso para el cumplimiento del cual, si todo aquello falta, sólo sobraría voluntad.

Discreto es, además, ya que no pudiera acometer tal empresa con la seguridad del éxito, dejar tal labor al que, como usted, veterano en las exploraciones de los hechos y de los acontecimientos de nuestros antepasados, puede con mano adestrada arar en ese campo con provecho, utilidad y honra para la historia patria. Y está dicho que preferiría á ser leído en relaciones históricas, no abonadas por antecedentes en el novel incursionista, continuar en el goce de la amena e instructiva lectura de los que, como usted, dedicados por afición y amor muy loables á aquel género de trabajo, ofrecen al lector, en temas bien tratados, ameno pasa de tiempo y horas de verdadero solaz, y enseñanza á un tiempo

para el que lee con estudio y dedica su atención á obras de utilidad y de provecho.

Y ahora, para concluir, me ocurre que sería digno de la pluma de usted el interesante tema siguiente:

¿Cuál influencia habrá tenido en los destinos de la primitiva nación Caiquetía, más tarde la antigua provincia de Coro, y hoy Estado Falcón, la índole mansa, el noble carácter y aquel corazón abierto á todo lo bueno, á todo lo bello y á todo lo grande, de nuestro Manaure? ¿Qué ascendiente habrá ejercido en la civilización de aquel pueblo, el poder, fecundo en derramar beneficios, de don Juan Martínez de Ampíes, cuyo carácter, bondad de alma y grandeza de corazón, tanto coincidían con los nobilísimos sentimientos del gran Cacique?

Sería éste un tema que, bien desempeñado, como ya me lo promete, si mi distinguido amigo y maestro defiere á mi excitación, produciría el mismo entusiasmo con que son devoradas las magníficas páginas de sus celebradas leyendas.

Su afectísimo amigo y discípulo agraciado.

J. R. PACHANO.

OBITUARIO

Nuestro muy querido amigo y constante colaborador el señor J. J. Breca, acaba de sufrir la pérdida más grande que puede padecer el hombre; la muerte de una madre.

Acompáñale á soportar el cruel dolor otro buen amigo nuestro, su cuñado señor Ermelindo Rivodó.

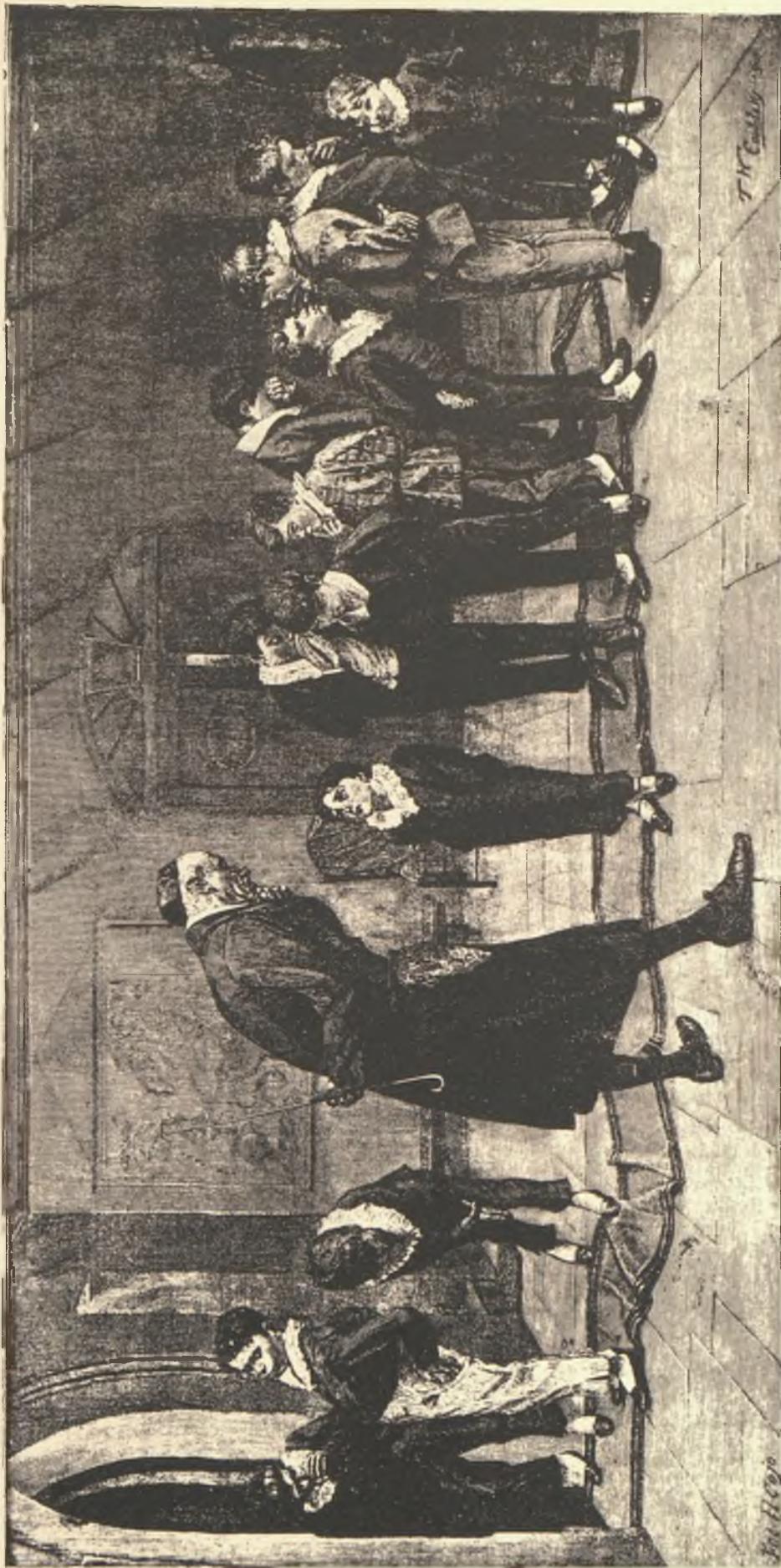
Para ambos, ya que no podemos llevar á sus corazones el consuelo, vaya sí nuestro recuerdo de puro afecto, y la protesta de que sabemos llorar con ellos la desaparición de la noble matrona, señora MICAELA DE BRECA.

Repentinamente murió el 9 del corriente el doctor DIEGO BAUTISTA UR-BANEJA. El Foro venezolano ha perdido una de sus más fuertes columnas; y la sociedad de Caracas un modelo de trabajador incansable y un hombre que supo emplear gran parte de su fortuna en obras de caridad. Como político fué una de nuestras primeras figuras, habiendo desempeñado por varios meses la Presidencia de la República.

Sírvase aceptar la familia la expresión de nuestro pésame.

Ha muerto MARIA DE LAS MERCEDES, la última de las hijas de nuestro querido amigo el señor Evaristo Díaz Rojas.

Enviamos en estas líneas á sus afligidos padres y á la familia Legórburu, la expresión más sincera de nuestra pena.



REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

A LOS LECTORES

El baile del Banco de Venezuela

LOS DIFUNTOS

LA EMPLEOMANIA

El rewolver

A G U A

LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Exequias á los muertos en la guerra

La empresa de *El Cojo Ilustrado* me ha honrado solicitando mi humilde cooperación á su obra civilizadora, en la que me es por extremo satisfactorio tomar parte, bien que desconfiado de que mis esfuerzos, por grandes y decididos que sean, logren alcanzar el éxito por mí deseado; aquél que convenga á los fines de la empresa y satisfaga sus deseos, encaminados á fomentar entre nosotros el cultivo de las bellas artes y letras, á popularizar fuera de Caracas nuestros hombres, nuestros edificios, nuestras costumbres; á hacer lo mismo aquí respecto de las demás ciudades de la República, presentando al propio tiempo á los lectores, con cada entrega del periódico, la ocasión de dar al espíritu un poco de espaciamiento pro-vechoso.

Así, deseosa la empresa de *El Cojo Ilustrado* de que en cada número del periódico haya lectura para los diversos gustos por una parte, y por otra de que no dejen de registrarse ó comentarse en esta publicación, los hechos más notables que ocurrán en nuestra capital, importantes ora por su notoriedad, ora por la trascendencia buena ó mala que tengan en nuestras costumbres, ó por cualesquiera otras razones que ameriten ocuparse en ellos, ha resuelto, de ahora en adelante, ofrecer á sus abonados una *Revista de la Quincena* en cada número del periódico, confiando á mí inexperta pluma este dedicado encargo, á cuyo desempeño comprometido mi decidida voluntad, único elemento con que me es posible contar para ello.

Cuento, asimismo, con la benevolencia de mis lectores, á quienes me permito hacer presente la notable diferencia que hay entre una revista y cualquier otro escrito de carácter literario. No hay en ella plan, ni puede haberlo, desde luego que no es posible la unidad de pensamiento, ni el concierto consiguiente entre las partes. Todo aquí obedece á la impresión del momento: se ha de escribir á raíz de los sucesos, para que las palabras lleven el calor de nuestras emociones; se han de estampar las ideas que el acontecimiento despierte en nosotros en la forma y orden con que surgen del cerebro. De otra suerte la revista perdería su carácter, y más aún, su mérito. Así debe concederse al cronista el derecho de pedir indulgencia para todas las incorrecciones, omisiones, y aun incoherencias de que adoleza su trabajo.

Esto pido y esto espero de los amables lectores de *El Cojo Ilustrado*.

Aunque es suceso algo lejano, por haber ocurrido en los últimos días del pasado mes, el baile con que el Banco de Venezuela obsequió al General Joaquín Crespo, Jefe del Poder Ejecutivo, debe tener preferencia en esta revista, por ser considerado como un verdadero acontecimiento social, dadas las especialísimas circunstancias que precedieron y dieron, por decirlo así, razón de ser, á aquel obsequio tan suntuoso como justificado y digno del alto personaje á quien iba dirigido.

Un solo local se hizo al efecto de dos de las más espaciosas casas de Caracas: la que ocupa el Club Venezuela y la que hasta hace poco ocupó el Colegio del Corazón de Jesús. Brillante y de exquisito gusto la decoración, recibía realce singular con la profusión pocas veces vista en nuestros saraos, de flores naturales que, en festones, guirnaldas y ramaletas de diversos tamaños y caprichosas formas, lucían por doquier á la radiante claridad esparsa por incalculable número de luces.

La concurrencia selecta y numerosísima, como que de los invitados, (y cuenta que fueron cerca de dos mil), sólo dejaron de asistir los que para ello estaban de todo punto impedidos, desbordaba de entusiasmo, significando de este modo al General Crespo, cuánto de gratitud hacia él hay en el corazón de todos y cada uno de los que fueron á disipar en aquellos momentos de ex-

pansión recuerdos tenebrosos de muy aciagos días.

Quiso el Banco de Venezuela ser espléndido en el obsequio. Este instituto, blanco de repetidos e implacables tiros, fué de los primeros favorecidos por la paz; justo es verle de los primeros en demostrar su gratitud á quien con promesa de durabilidad nos devuelve aquel bien inestimable.

Espléndidez en el conjunto, corrección en los detalles, complacencia en el obsequiado, grandísimo entusiasmo en el concurso y patriotismo en el pensamiento generador del acto, ¿qué más? ¿Con elementos tales, qué fiesta no alcanza grado sumo de grandeza?

Después de una nota alegre, una nota triste; después del brillo de la fiesta las sombras de la tumba; después de los acordes de la orquesta el tañido de la campana; después de la algarra de los vivos, el silencio de los muertos; después del 28 de octubre el 2 de noviembre!

Ninguno como el cronista para reír con los que ríen y llorar con los que lloran. Bien es verdad que ¿quién no llora en el día de difuntos? Afortunado aquél á quien la muerte de un ser querido no le ha llevado un gíron de su propia vida!

Prolongados sinsabores que, como todas las cosas humanas, tuvieron fin en los primeros días de octubre, quebrantaron duramente nuestros espíritus; pero al cabo alboreó la paz, y como la naturaleza á los ósculos primeros de la luz, volvieron nuestras almas por grados á la vida. Luego imperó en ellas el contento que creció y creció hasta convertirse en entusiasmo delirante, en fiebre de alegría. *Menú homo quia putris est*, nos dicen los muertos, y súbitamente bajan los hervores del placer: nube de tristeza se abate sobre el corazón; sopla con violencia el huracán de los recuerdos, y el nublado se deshace en lluvia, en copiosa lluvia de lágrimas!

No, muertos queridos, no os olvidamos! Nada puede turbar el augusto silencio, el solemne reposo de aquel íntimo lugar del alma donde vivís vida real para nuestro afecto, en tanto que sólo descansáis con grato sueño en el lecho solitario de vuestras lejanas sepulturas!

Dejemos á los muertos y volvamos á los vivos, ó más propiamente dicho, á los avisados.

La empleomanía, la enfermedad inveterada que nos aqueja desde que tenemos existencia política, ha presentado después del triunfo de la revolución síntomas alarmantísimos.

La República tiene alrededor de dos millones y medio de habitantes, y si dos millones y medio de empleos se crearan, no bastarían á dejarnos satisfechos, porque hay ciudadano que no se contenta con un puesto, sino que quiere dos y tres.

Todos los días, desde que amanece, empieza la peregrinación á Santa Inés. Ya no es aquella la morada del Jefe del Ejecutivo: ya él no vive allí, porque no le dejan vivir. Quienes viven y moran en Santa Inés son los solicitantes que se instalan allí como en su casa. La misma turba invade los corredores del Palacio Federal á las horas de gabinete y toma por asalto los despachos de los Ministros. No hace muchos días fué tan seria la embestida que un grupo de damas, aspirantes á preceptorías, le dió á un señor Ministro, que le hubieran convertido la levita en chaqueta, si llegan á apoderarse de los faldones como aviesados intentaron.

—Conozco á un tal don Fermín, me decía un amigo, que cuando sale por la mañana de su casa, se lleva dentro del sombrero de copa tres huevos cocidos, media libra de salchichón y dos arepas, con el propósito de almorzar en los corredores de Santa Inés, porque dice que no puede perder la *bolada*. Y lo peor es que la viene perdiendo desde la primera vez, porque hay otros más listos que no almuerzan y logran colocarse mientras don Fermín se afana por tragarse los huevos.

Doblemos la hoja.

A todos los males que asfígen á esta desdichada tierra se añade, de pocos años á esta parte, uno que habiendo llegado á tomar alarmantes proporciones, á poco andar dejará muy atrás á todos los demás, como que constituye por sí sólo una amenaza constante y terrible contra la existencia de todos y cada uno de los que no habiendo hecho voto de reclusión, ya por necesidad, ya por placer, pasamos en la calle gran parte del día. Me refiero á la costumbre casi universal entre las personas masculinas de Caracas de llevar rewolver, ni más ni menos que como se lleva el pañuelo.

Aquí no hay ya titere con gorra que no ostente en un cuadril el bulto que hace el arma mortífera, nadá menos que si se temiese á cada momento ser asaltado en medio de la calle por malhechores que piden, puñal al pecho, la bolsa ó la vida. Aquí no hay viejo, mozo ni chico que antes de salir de casa

no se dé cuenta de que el rewolver va en el bolsillo trasero del pantalón, que es donde generalmente lo llevan. Son capaces de dejar olvidado ántes el sombrero que el rewolver. No parece sino que cada persona, sin excluir á las que hablan en falsete y juegan trompo, espera encontrarse al volver de cada esquina á un enemigo en aecho de quien hay que defenderse, eso sí, desahaciéndose de él de una vez y por un medio seguro: con una bala de nueve milímetros en la testilla izquierda. El estoque, la manopla, el garrote, son armas anti-cuadas, y sobre todo con ellas se combate cuerpo á cuerpo. Esto no deja de ser incómodo por decirlo menos, mientras que con el rewolver se tira de *lejitos*, con toda comodidad, disparando con la mano derecha y fumando con la izquierda. Vainos, ahondando un poco, puede resultar hasta agradable!

¿Y creerán ustedes que esto es efecto de nuestro carácter pendenciero ó indele belicoso? Ni por asomos. Los hombres de verdadero valor, entre nosotros, apenas si cargan con tamaño estorbo cuando andan de viaje ó hacen servicio militar. De lo que es signo tan funesta costumbre es de necesidad ó de civilización negativa, (valiéndome de este círculoquio para no emplear la palabra salvajismo). Y si no, vamos á la prueba.

Si dá alguna vez el caso de ser atacada una persona para robarla, ni aún en las calles más extraviadas de Caracas en altas horas de la noche? Rezo á que se me citen, con pruebas, siquiera dos casos en diez años.

Podrá ser que hasta los niños de colegio tengan enemigos y necesiten para su seguridad personal de llevar armas, (y qué armas!), y que los papás (¡qué papás!) se lo permitan?

Es necesario invitar á balazos á las señoritas en los bailes, para que allí antes le falten al dandy los guantes que el rewolver?

Y, finalmente, de cada cien personas muertas por bala de rewolver, cuántas debén su trágico fin al disparo intencionado, y cuántas al casual? Juraría que no pasan aquí del tres por ciento los primeros.

Y sigo preguntando. ¿Es suficiente remedio á tan evidente y funesto abuso la multa de cuarcuta bolívares ó el breve arresto, cuando aquí no hay agente de policía que no se haga de la vista gorda con los cuadriles abultados? ¿Cuántas personas llevan rewolver en Caracas? ¿Cuánto ingresa al mes en las rentas municipales por multas á este respecto? Y además, ¿Por qué es libre, absolutamente libre la venta de estas armas?

Es necesario que nos convenzamos de que todo el que sin necesidad determinada sale á la calle con un rewolver de cinco tiros, por ejemplo, lleva en el bolsillo cinco homicidios *premeditados*, que recaerán ó no en cinco personas indeterminadas.

Los casos más recientes de muertes debidas al abuso que señalo, revelan hasta qué alarmante extremo ha llegado, gracias á la impunidad y á la falta de medidas preventivas, una costumbre contraria de todo punto á la civilización que pretendemos alcanzar. Dos niños han perecido en estos días, uno de ellos á causa de un tiro escapado á un hermano suyo, y el otro víctima de homicidio voluntario, cometido por otro niño de colegio, según la versión general.

Casi no pasa día sin que la crónica registre cuando menos dos casos de muertes ó heridas intencionales ó casuales, estas las más, debidas al rewolver. Esta es la verdadera espada de Damocles, para los habitantes de la Capital.

No es remedio el que se trata de poner: medítese un poco y se verá que no lo es ni puede serlo.

Me propongo estudiar este asunto con algún detenimiento, para emitir mi humilde parecer sobre las medidas preventivas que para el caso se requieren, en mi próxima revista.

Benditas sean las nubes! Ellas se han encargado de no dejarnos olvidar que existe una cosa llamada agua, líquido que en otro tiempo solíamos beber, cuando los tubos del acueducto estaban de buen humor, y no daban en la manfa de reventar.

Teníamos un acueducto, así, á manera de juguete, el cual nos hacía vivir en la ilusión de que nos llegaba agua de *verdad de verdad*, cuando no era sino de *embuste embuste*, como dicen los chicos. Ahora, ya es otra cosa, ya tenemos algo cierto á que atenernos: eso de vivir de ilusiones es moda pasada. Al fin podemos descansar en la certidumbre de que no tenemos acueducto, y por consiguiente, ¿quiere usted agua? Pues ahí está el río.

Eso sí, la Administración de Renta, con ejemplar puntualidad, pasaba sus recibos cobrando el servicio que nos hacía convencer de la fragilidad de las cosas humanas, ó de los acueductos humanos, como ustedes quieran. Ella se había encargado, mediante la módica suma de veinte y cinco pesos al año, de convencernos de que no había tales carneros, cuando por el contrario, si hay tales carneros, nosotros, y por eso nos están abrevando con fango.

Por supuesto que, gracias á la falta de agua, muchas personas están convencidas á la fecha de la verdad de las cosas de ultra tumba; ventaja ésta alcanzada mediante una fiebrecita amarilla, la cual con perdón de la Campaña de Fiebres, digo, de la Compañía de Aguas, es cosa muy necesaria para tener en actividad á los médicos, las boticas y las agencias funerarias.

El señor Emilio J. Mauri, artista, progresista ciudadano y cumplido caballero, ocupa nuevamente la dirección de la Academia de Bellas Artes. No podía recaer en persona más idónea la elección del Gobierno.

Mauri es el director fundador de la Academia: á ella consagró años de trabajo, poniendo en el desempeño de su encargo contracción y celo ejemplares, de los cuales, así como de su cabal competencia en materia de artes, son irrefutable prueba los resultados obtenidos, por demás satisfactorios.

En el número de *El Radical* correspondiente al día 8 del mes en curso, habrá visto mis lectores el informe que el señor Mauri dirige al señor Ministro de Instrucción Pública, sobre el estado en que encontró la Academia, al hacerse cargo nuevamente de la dirección de este instituto. No habría yo dicho una palabra de lo acontecido con la Academia de Bellas Artes sin la publicación del mencionado informe: hay cosas tan vergonzosas para nosotros los venezolanos, que debiéramos evitar cuidadosamente el que fuesen conocidas de otros pueblos; pero una vez exhibidas á la luz de la prensa, tratemos porque es un deber, ya que no es posible ocultar nuestra vergüenza, de reparar la falta y prevenir la reincidencia en ella. Asímbre el lector: la Academia de Bellas Artes sirvió de cuartel por algunos días, antes del triunfo de la revolución, por supuesto.

No vacilo en calificar de bárbaro este hecho, porque no me figuro que sus autores pretendieran que los soldados estudiaseen escultura, música, dibujo, etc., etc. Háganme mis lectores el favor de imaginarse qué harían aquellos artistas de canana y alpargatas con los modelos clásicos de escultura, con los instrumentos, con el archivo de música, con todo, en fin, lo que el tiempo, la laboriosidad y el tesoro público habían acopiado allí de bello y útil!

Supongo que, al organizarse de nuevo la Academia, se pensará en algo que allí hacía mucha falta, en modelos vivos, de necesidad imprescindible en los estudios de pintura y escultura. Basta con que el Gobierno destine una suma insignificante para ello.

La Agencia Funeraria *La Nacional* tributó honores fúnebres á las víctimas de nuestra última guerra el día 12 de los corrientes en el templo de Las Mercedes.

Las exequias, sin incurrir en exceso de pompa, se llevaron á efecto con toda la solemnidad del caso. Así debía ser: no se compadece con la humildad del soldado la profusión de galas, por más que éstas sean las de la muerte. Lágrimas sobre esas tumbas ignoradas, y más que todo compasión, caridad para con las madres y esposas sin apoyo, y los hijos huérfanos; eso, eso en que se concentra el último pensamiento del infeliz cuyo postrero suspiro se pierde entre las nubes de humo, cuya última palabra se apaga en el fragor de la batalla, eso es lo que corresponde á la patria en recompensa de tantos sacrificios ignorados!

Pero los muertos, desde la mansión eterna piden precios, y si la patria se encarga de tender mano generosa á los seres queridos que aquí dejan, los buenos cristianos se encargan de lo que corresponde al perpetuo descanso de aquellos infelices que parecen lejos del hogar, sin consuelo alguno, sin una oración que acompañe la eterna despedida de sus almas!

Obedeciendo á estos sentimientos, *La Nacional* ha querido hacer paces públicas por las víctimas de la última guerra, y al efecto el templo de Las Mercedes fue convenientemente decorado. En la nave principal, en el centro y hacia arriba, como es costumbre, se levantaba el catafalco, de estilo gólico, severo y sencillo. Trofeos enlutados circundaban la base de la pirámide central, delante de la cual se veía, arrollado y envuelto en crespones, el pabellón nacional. En el frente y en la base de la pirámide se leía la siguiente inscripción: *La Nacional á las víctimas de la guerra civil de 1892*. Del lado arriba de la inscripción había un bastón y un sable cruzados, y debajo un bien combinado trofeo, formado por un tambor, un sombrero de gala, cornetas y laureles, envuelto todo en gasas negras. Hermosos y ricos candelabros de innumerables luces, y lámparas funerarias rodeaban

el catafalco, á cuyo costado derecho estaba el estrado para el Ejecutivo Nacional, y en frente de este el destinado á la Junta Directiva de la empresa.

La orquesta, dirigida por el señor Arcilagos, hizo de su parte más de aquello á que estaba comprometida, en gracia del objeto de la solemnidad. No podía pasar sin mención en esta crónica.

Asimismo, justo es tributar un aplauso á la escuela de canto que dirige la señora María Brito de las Casas, la cual se prestó espontáneamente á cooperar al mayor lucimiento de aquel obsequio fúnebre.

El Jefe del Ejecutivo y su Gabinete estuvieron presentes hasta que terminó la oración sagrada del padre Serafín.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

Escogieron en su lujosa mansión los muebles y todo los demás que creyeron necesario y lo enviaron á la modesta habitación de la calle de Bedford.

Una semana después se vendió en almoneda pública todo lo que había en la espléndida casa de Kensington, y el dinero realizado sirvió para pagar sus deudas personales, quedándoles solo veinte libras esterlinas. *

CAPITULO XIII

Algunas semanas transcurrieron antes de que Felipe y su esposa empezaran á sentir el agujón de la pobreza. Margarita era una admirable ama de casa: sus habitaciones eran la imagen del aseo y del orden, y estaban lindamente adornadas con abundancia de flores que se procuraba á un precio muy bajo en las cercanías. Era natural que una persona de temperamento tan alegre adornase sus habitaciones con flores; pero el orden que en ellas reinaba procedía de otras causas. Creo que Margarita, por naturaleza, no era muy ordenada en sus cosas, á juzgar por lo que recuerdo antes de que se casara: pero había visto que Felipe desataba todo en su propio lugar, y el contento de éste se aumentaba cuando su esposa no se descuidaba en nada de lo que se relacionaba con su bienestar. Su mesa fué para mí algo sorprendente, considerando lo reducido de la cocina y su ignorancia completa del arte culinario; pero con el auxilio de un libro titulado "El perfecto cocinero," ella y la mujer del carpintero, Catalina, que así se llamaba, llegaron á hacer ciertos guisos y platos que sólo se encuentran en las fondas de primeras clases. Era un verdadero placer comer con ellos, aunque no fuera más que por ver el blanquísimo mantel, los cubiertos pulidos y brillantes, los vasos transparentes y el jarrón con flores en el centro de la mesa. No fué poca mi sorpresa un día que acompañé á Margarita al mercado, ver el conocimiento que desplegaba en la elección de los comestibles y verduras, obteniendo siempre las cosas en su verdadero precio. Catalina le había enseñado á comprar barato; pero la discípula podía ya dar lecciones á su maestra.

Yo siempre obtenía billetes de entrada para los teatros, y esto les proporcionaba de vez en cuando disfrutar un placer de esta naturaleza. Cuando veía á Margarita con su vestido sencillo cerrado hasta el cuello, sin más adorno que un pequeño broche de diamante que Felipe le había regalado en los primeros tiempos de sus relaciones, me parecía mucho más bella que en su traje escoltado, mostrando gorganta y brazos desnudos, y toda llena de joyas y perleras.

Creo que ella tenía poco orgullo en presentarse con esta sencillez á sus antiguos amigos, para dárseles á entender que la pérdida de su fortuna en nada

la había rebajado á sus propios ojos. La dignidad de su persona, cuando paseaba de brazo con su marido, era la de una princesa. Nadie hubiera podido imaginar un instante, al ver su porte y maneras, que su esposo había perdido toda su fortuna y hasta había sido acusado de manejos poco honrados. Al contrario, pienso que nadie podría verla en estas ocasiones y creer al mismo tiempo las acusaciones dirigidas contra Felipe, porque ciertamente ninguna mujer decente podría levantar de tal modo la cabeza ante el mundo, sabiendo que su marido era culpable.

Felipe no era el insensato que muchas personas se figuraban. Vió la necesidad de hallar cuanto antes un empleo de su tiempo que fuese remunerativo. Publicó un anuncio solicitando una plaza de secretario. Todos los días, muy temprano, se leía de cabo á raso las columnas de anuncios del *Times*, anotaba los que le parecían más convenientes y se presentaba personalmente en solicitud del empleo. No recibió una sola respuesta á los anuncios que insertaba en los periódicos, y sus solicitudes personales fueron infructuosas. Su exterior y finos modales le favorecían muy mucho, y le merecían mayor consideración que la que obtiene la mayoría de los solicitantes; pero sus antecedentes le perjudicaban en extremo. Los que más dispuestos se hallaban en su favor, nada podían hacer por él. ¿Qué podría ofrecer á un caballero de nacimiento y educación que había gozado una renta considerable?

Felipe vió que podían vivir en la calle de Bedford, como estaban viviendo entonces, sin que sus gastos excediesen de doscientas libras esterlinas al año, y le parecía que podría fácilmente ganar esa cantidad. Sus ideas eran todavía impracticables. Le faltaba aun que aprender el arte de atenerse á las circunstancias y limitar sus gastos á las entradas.

Un día me dijo que si yo podía prestarle veinte libras esterlinas le haría un inestimable servicio.

—Con todo mi corazón, le contesté, y cincuenta también si usted las necesita.

—No, me dijo: he resuelto limitar mi duda á la suma que he pedido.

Me habló de modo que comprendí que esa era su resolución. Le presté el dinero que me pidió, esperando que antes de que lo hubiera gastado habría tenido la buena fortuna de hallar algún empleo ó ocupación que le proporcionase los medios de sufragar sus gastos. No le faltaban energía ni perseverancia. Un día tras otro fué de una casa de comercio á otra ofreciendo sus servicios, aunque en vano, hasta que al fin vió que si llegaba á conseguir lo que pretendía lo debería al favor especial de la persona que se lo concediese.

—Hay centenares de hombres más capaces que yo que aceptarían con gusto un empleo por la mitad de lo que yo pretendo, me dijo un día.

Había procurado ocultar su creciente ansiedad mientras creyó que le sería posible vencer las dificultades que se le presentaban al paso: pero convencido al fin de que tenía que tomar otro camino, contó sus euitas á Margarita y le preguntó qué era lo que debían hacer.

Margarita estaba preparada para esta pregunta. Su rostro se había adelgazado algo, su alegría no era ya tan espontánea como antes. En los últimos días se había privado del placer de comprar flores y frutas; y á pesar de su repugnancia á la costura, se había puesto á rehacer y arreglar un vestido que un mes antes fué desechar como "vejestorio inservible," según sus propias palabras. Me imagino que en sus horas de soledad, mientras Felipe andaba á caza de un empleo. Margarita había meditado en las dificultades que se presentaban, y esperaba de día en día que su marido le confiase sus inquietudes, para entonces manifestarle los planes que había ideado con el fin de vivir lo más económicamente posible.

El mismo Felipe me dijo que Margarita había considerado sus infortunios sin darles toda la importancia que él les prestaba.

—Si hay personas que pueden vivir gastando sólo una suma en extremo moderada, y están contentas, también nosotros podremos hacerlo. ¿No somos aquí tan felices como en Kensington?

Y luego, aunque á la verdad con cierta inconsistencia, empezó á quejarse del ruido que hacían por la mañana los carros y vehículos de toda especie que iban al mercado; del desagradable olor de las horquillas que se corrían con el calor; del lodo y de la basura de las calles circunvecinas, y del horrible lenguaje de las fruterías y verduleras.

* Unos cien duros.

—Sería tan agradable vivir en alguna parte lejos de este tráfico y de este bullicio, declaró veces; pero no fuese de Londres, porque sería muy molesto para ti, Felipe, cuando obtengas algún empleo, los viajes diarios de ida y venida. Por mi parte, yo preferiría Lambeth, donde Holderness vive, en las cercanías del palacio del arzobispo, cerca de los edificios del Parlamento, y con el río á la vista. Creo que ese lugar nos convendría mucho.

Ella me habla oido hablar de lo moderados que eran allí los alquileres de las casas y lo baratas que eran todas las cosas. Un día, pries, muy temprano, salimos los esposos Harlowe y yo en busca de habitaciones, y logramos hallar el primer piso de una casa, completamente amueblado, por el mismo precio que Felipe pagaba por el último piso donde vivía en la calle de Bedlord. De pronto no podía yo comprender las ventajas que se seguían del cambio de morada, hasta que Felipe me dijo que un amigo suyo deseaba alquilar las habitaciones que él dejaba y al mismo tiempo comprar los muebles, (que de paso diré eran demasiado buenos para Lambeth). Era una oferta que tal vez no le harían de nuevo. De consiguiente, se mudaron á Lambeth y vendieron los muebles que les quedaban, desapareciendo así los restos de su antiguo esplendor.

Esto fué poco después de haberme Felipe pedido prestado veinte libras esterlinas. El dinero que habían realizado con la venta de sus muebles, lo depositó en una Caja de ahorros. Era evidente que empezaba á pensar en el futuro. Yo no hice la más leve alusión á ello, pero confieso que me complacía mucho este acto de prudencia, aunque yo ignoraba á la sazón cuáles eran los planes que tenía entre manos.

Era más difícil dar á las nuevas habitaciones el aspecto alegre y hasta elegante que tenían las de la calle de Bedford. Los muebles eran viejos y bastante usados; el papel de las paredes nada de bello tenía; los pocos arbustos que había en el patio estaban medio secos; cuando el viento soplaban en cierta dirección, la casa se llenaba del humo de las fábricas de la cercanía. Pero trataban de remediar esto cerrando las ventanas y encendiendo el gas temprano. Margarita puso en un lugar bien visible dos jarcitos que yo había tenido el placer de regalarle, y que ella cuidaba con sumo estimo llamándolos su jardín.

Aunque habla otras muchas cosas que no hacían muy apetecible el vecindario de Lambeth para personas que habían vivido en el barrio más elegante de la ciudad, sin embargo, mis amigos apenas se quejaban, conservando su buen humor y entereza de ánimo en medio de la adversidad.

—No debemos engañarnos acariciando falsas esperanzas, me dijo Felipe. Sé que nos aguardan malos tiempos, y es preciso que nos preparemos á hacerles frente, para que no nos sorprendan desprevenidos. Quiera el cielo que todos los trabajos que nos esperen se reduzcan á vivir en la calle de Lambeth.

Hasta entonces Felipe había usado bigote con las puntas retorcidas de un modo casi aristocrático. Una mañana, con gran sentimiento de Margarita, volvió á casa con las puntas recortadas. Después dejó de afeitarse, y las hermosas líneas de su rostro desaparecieron bajo una espesa barba. Margarita dijo, sin embargo, que parecía más hermoso que antes. A mí no me pareció así, pero ciertamente que le daba un aspecto así como de un artesano, y eso era lo importante.

—Ahora, dijo, no habrá dificultad en proporcionarme trabajo.

—Qué clase de trabajo busca usted? le pregunté.

—Cualquier trabajo que requiera fuerza física y una mediana inteligencia.

Entonces, con gran sorpresa mía, supe que estaba dispuesto á aceptar un empleo de artesano común. Se lo tuve á mal y le dije que me parecía, en lo que tal vez me equivocaba, una degradación innecesaria. Se rió de mis ideas.

—Más probabilidades de buen éxito tiene un artesano que un dependiente de escritorio. Yo no deseo permanecer siempre sentado en una silla ó de pie ante un pupitre, y ésta es la perspectiva de la mayoría de los dependientes. Además, no me quieren aceptar en un escritorio, y en este caso ¿qué hacer?

—Pero un artesano.....

—¿No es un empleo para un caballero éh? Y se echó á reír de nuevo. Poco me importa eso. Estoy seguro que no me vendré á una ocupación sedentaria. Un poco de trabajo corporal es beneficioso: después descansas uno mejor, y esto es ya una gran cosa.

Después de unos cuantos minutos de reflexión, agregó:

—Comprendo perfectamente los sentimientos de usted, amigo Holderness; á la gran mayoría parecerá realmente que es demasiado descender para un hombre que ha vivido hasta ahora de sus rentas. No hablamos del asunto delante de Margarita.

Le prometí que no sería indiscreto.

—Como usted vé, Holderness; yo no puedo esperar que consiga algo que me convenga. Debo aceptar lo que se me presente, y al mismo tiempo estar á la especulativa de algo mejor.

El día siguiente, se puso una camisa de color y el vestido más viejo que tenía y se presentó en el escritorio de una de las grandes alfacerías del distrito. Un escribiente le recibió con la mayor cortesía, porque á pesar de su barba y traje, su aspecto era el de un caballero.

—¿Qué es lo que usted desea? le preguntó.

—Deseo que se me ocupe en algo.

—En ese caso debe usted ir al departamento artístico. ¿Es usted un artista?

—No: no sé nada acerca del arte.

—Ah! ¿Usted desea un empleo en el escritorio?

—No; deseo trabajar con mis brazos.

Un tanto sorprendido de tan extraña solicitud, el escribiente se dirigió á una habitación interior. Al cabo de poco se presentó un caballero ya entrado en años, y después de mirar fijamente á Felipe al través de sus espejuelos le preguntó:

—¿Qué desea usted, señor?

Felipe expresó brevemente lo que deseaba. El caballero le oyó con grave atención, y con tono asfuble le dijo:

—En una gran fábrica, como esta, siempre hay ocupación para los trabajadores entendidos y deseosos de hacer algo; pero no sé en que puedo emplear á usted. En todos los departamentos se requiere cierta cantidad de conocimiento técnico y de habilidad. Para lo más insignificante se necesita alguna experiencia. Es preciso empezar de aprendiz. Si yo lo empleo á usted en algo, sería con perjuicio de otros más hábiles y diestros en el oficio, lo que no sería justo, y además se vería usted expuesto al mal trato y á los celos de los otros trabajadores y á cierta humiliación. Es más duro negar un empleo que concederlo; pero, considerando los intereses de usted, ésto es lo que usted quiere que yo haga?

Felipe sólo pudo darle las gracias por lo que le había manifestado, y se retiró.

Se dirigió entonces a una alfarería en menor escala, porque su destino sería menos considerado y conciencioso.

—¿Qué es lo que sabe usted hacer? le preguntó el dueño que era un hombre de baja estatura, rechoncho, y con el rostro marcado de viruelas. ¿Puede usted conducir un carro y cuidar un caballo?

—Nunca he cuidado un caballo, contestó Felipe.

—Puede usted darle forma á un jarro?

—No.

—Puede usted manejar una máquina?

—No.

—Puede usted alzar el fuego del horno?

—No.

—Entonces usted no me sirve para nada.

Felipe pasó el resto de la semana buscando trabajo, que encontró era tan difícil de hallar como si se tratara de un empleo de importancia. El ánimo empezaba a fatigarse en vista de tan persistentes reveses. No podía ocultar á las miradas de Margarita la desesperación que de él se iba apoderando; y á pesar de la ternura de su esposa, y de los medios delicados á que acudió para animarle y consolále, no pudo disminuir sus padecimientos ni aliviar su ansiedad.

El lunes siguiente renovó sus solicitudes en busca de trabajo. En la calle de Kennington encontró un grupo de ojosos frente á una carpintería y almacén de madera. Un trabajador, con un saco de herramientas al hombro, levantando una de las puntas de su delantal, gritaba al mismo tiempo dirigiéndose á alguien en el almacén:

—Yo soy un carpintero, y no un cargador ordinario, decía: para nada necesito de usted. Si desea que se muide la madera de un lugar á otro, hágalo usted mismo. ¿Estamos? ; Buenos días!

Y diciendo esto se alejó seguido de la partida de ojosos espectadores de aquella escena. Felipe entró en el almacén y se dirigió al maestro carpintero diciéndole:

—¿Quiere usted que muide la madera de un lugar á otro?

—Sí, respondió el carpintero con acento molesto: los artesanos son hoy señores que esperan que los que los emplean hagan los trabajos fuertes.

—Yo deseo un trabajo fuerte, dijo Felipe que anhelaba alguna fatiga física.

—¿Cuánto quiere usted que se le pague la hora? le preguntó el carpintero.

—Usted me pagará lo que crea justo. Dígame usted lo que tengo que hacer.

Dijo esto con tan buena voluntad, que el carpintero le manifestó al instante lo que debía hacer.

Felipe puso manos á la obra, é hizo su cometido tan á gusto del carpintero que éste le dijo:

—¿Cree usted que podrá aserrinar algo?

—Creo que si usted me da una sierra y me dice lo que hay que hacer, no tendré inconveniente alguno.

Era una cosa sencilla y Felipe la hizo satisfactoriamente.

Al mediodía le dijeron que podía ir á comer y que volviese á la una. Regresó á esa hora y trabajó hasta las seis de la tarde. Tan complacido quedó el carpintero con su trabajo, que le manifestó volviese el siguiente día.

Felipe entró en su casa lleno de regocijo: pero con las manos llenas de ampollas, toda la barba cubierta de aserrín y un par de girones en la chaqueta: parecía un trabajador hecho y derecho.

Le dijo á Margarita que iba á dedicarse á la carpintería, lo que fué un rudo golpe para la pobre esposa, cuyo corazón se llenó de angustia, especialmente cuando vió las ampollas de las manos.

—Y bien, dijo Felipe, un día de remar en un bote de recreo produciría lo mismo. Mis manos se enderezarán dentro de poco lo bastante para el trabajo.

—Queridas manos! murmuró Margarita acariciándolas.

Yo creo que ella se preguntaba si llegarían á perder su blancura y delicadeza y se volverían con el tiempo como las manos de un carpintero común.

—Es una ocupación seria, mi querida Margarita; y si pudieras oírme silbar mientras trabajo, estoy seguro que tendrías celos al verme tan alegre lejos de ti.

Margarita no quería desanimarle, y viéndole tan contento tomó el asunto de la carpintería por su lado mejor. El oficio que Felipe había abrazado adquirió en la estimación de Margarita un alto lugar, y un mediodía resolvió dirigir sus pasos á la calle de Kennington con la idea de ver, aunque fuera á cierta distancia, á su querido esposo en un pintoresco taller de carpintero, ejecutando noble e inteligente algún trabajo de ebanistería ó algo parecido.

En efecto, percibió á su marido: llevaba á cuestas un saco de aserrín desde el patio de la carpintería á una carreta que estaba á la puerta del almacén.

Di una vuelta rápida para que Felipe no la viera, porque sus lábhos temblaban convulsivamente y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

CAPITULO XIV

Un nuevo motivo de dolor se presentó entonces. La pobre Cecilia había roto sus relaciones con Horacio. Esta inocentona y sencilla muchacha no tenía los solides de carácter, la previsión y prudencia de Juana. Se contentaba con vivir al dia y jamás se alarmó por lo que sería de ella mañana ó pasado: si había ocasión de divertirse y gozar, se divertía y gozaba sin que amargara su placer ningún pensamiento acerca de lo porvenir. Sin embargo, en elogio de Cecilia podía decirse que ni se lamentaba

Continuado

PESAME

JOSÉ ENRÍQUE.—Ha dejado de existir este apreciable caballero, miembro de una familia muy relacionada en esta sociedad.

VICENTE VELUTINI.—En avanzada edad ha muerto este respetable caballero, padre del General José Antonio Velutini, y de nuestro apreciado amigo el señor Vicente A. Velutini.

También llora la pérdida de una hija de tierna edad el señor Pedro Manrique.

Enviamos nuestro pesame á las familias de las personas indicadas.

VALSE

DEDICADO AL SEÑOR MANUEL REVENGA

Dr. R. M. Scamell, hijo